héroes del ESPACIO

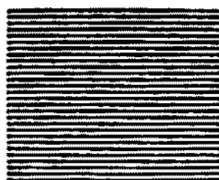
NOVELAS ECSA

¿DONDE ESTARA LA TIERRA?

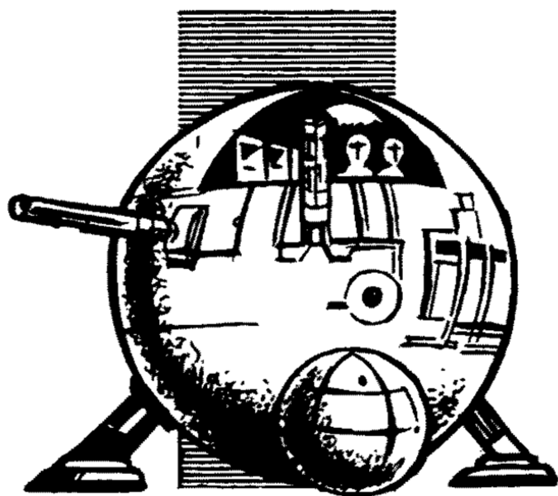
JOSEPH BERNA



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

94 — Los neutrones de la muerte. Eric Sorenssen.
95 — Mundo de alucinación. Law Space.
96 — La huella del invasor. Rocco Sarto.
97 — La amenaza de E. R. W. Elliot Dooley.
98 — El asteroide de Kassandra. A. Thorkent.

JOSEPH BERNA

¿DÓNDE ESTÁ LA TIERRA?

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.° 99
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84 85626-56-7
Depósito legal: B 367-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo. 1982
1.ª edición en América: septiembre. 1982

Esta edición es propiedad
de EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Año 2079.

La *Venus 2000* regresaba a la Tierra, tras su viaje de exploración espacial.

Un viaje largo, pues la poderosa astronave llevaba más de cuatro meses recorriendo la inmensidad del Cosmos, en busca de nuevos mundos, de seres inteligentes, de minerales valiosos...

Trevor Clark, comandante de la *Venus 2000*, estaba satisfecho de los resultados obtenidos en el viaje. Su astronave había llegado más lejos que ninguna otra, porque era capaz de alcanzar fantásticas velocidades y de superar todo tipo de problemas.

Habían tenido varios, en aquellos cuatro meses y algunos días, pero todos se pudieron solucionar. El momento más difícil lo vivieron cuando la *Venus 2000* se vio sorprendida por una lluvia de meteoritos.

Afortunadamente, la estructura de la astronave era de una solidez tal que los terribles impactos de los meteoritos que chocaron contra ella no le causaron ningún daño, si bien la zarandearon alarmantemente, hasta el punto de hacerle perder el rumbo.

Ello, sin embargo, no supuso ningún contratiempo, pues la *Venus 2000* recuperó su rumbo escasos minutos después y continuó su viaje tranquilamente.

La tripulación, desde luego, se llevó un buen susto. Pero todo quedó en eso.

La *Venus 2000* era una garantía, y se pudo comprobar en aquellos momentos tan angustiosos. Resistiendo los tremendos impactos de los meteoritos, podía resistir cualquier cosa.

Era lo que solía decir Trevor Clark, cada vez que se veían en apuros, para tranquilizar a la tripulación, y la verdad es que lo conseguía, porque los hombres y las mujeres que estaban a sus órdenes confiaban plenamente en él.

Y es que Trevor Clark, a pesar de su juventud, pues solo contaba treinta y tres años de edad, era un astronauta experto e inteligente,

curtido en docenas de viajes espaciales, valiente y audaz, pero a la vez sensato y responsable, porque para él, lo más importante de todo, era la seguridad de los miembros de su tripulación.

Jamás arriesgaba sus vidas, a menos que fuese absolutamente necesario. Y tampoco jugaba con la seguridad de la astronave.

Trevor Clark era consciente de lo que había costado construir una astronave como la *Venus 2000*, y quería devolverla intacta a la Tierra.

Y así iba a ser.

La Tierra estaba ya muy cerca.

No tardaría en aparecer en la pantalla telescópica del puente de mando.

Cuando así fuera, Viktor Shore, segundo de a bordo, avisaría a Trevor Clark, que se encontraba en su cabina, preparando los informes que debía entregar a las autoridades terrestres.

De pronto, sonó el timbre de la cabina.

Trevor Clark tomó su mando de control remoto y lo accionó.

La puerta se abrió y Gena Pulsen, una de las mujeres de la tripulación, penetró en la cabina, portando una bandeja.

—¿Le apetece una taza de café, comandante? —preguntó, con una preciosa sonrisa.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Lista que es una.

—Además de bonita.

—Se agradece el piropo, comandante.

Trevor Clark accionó de nuevo el mando y la puerta se cerró.

—Puedes dejar la bandeja sobre la mesa, Gena.

Gena Pulsen lo hizo.

Tenía veinticinco años de edad, el cabello rojizo y brillante, los ojos pardos, grandes y suavemente rasgados, la nariz graciosa, y los labios llenos y jugosos.

De formas, Gena Pulsen tampoco estaba mal.

El ligero traje espacial, de una sola pieza, muy ajustado, marcaba sugestivamente todas y cada una de sus curvas, firmes y pronunciadas, tentadoras de verdad.

Trevor Clark tenía el pelo rubio, los ojos azules, la nariz recta y el mentón firme. Era un hombre alto y fuerte, muy ancho de hombros,

brazos largos.

Gena Pulsen solía decirse que era una pena que el comandante Clark no tuviese las manos tan largas como los brazos.

Y lo pensaba en sentido malicioso, naturalmente.

Trevor Clark era un tipo realmente atractivo, y a Gena Pulsen le gustaba una barbaridad. Sin embargo, él jamás se había tomado la más pequeña libertad con ella.

Ni un beso, ni una caricia, ni una palmada, ni un pellizco...

Nada de nada.

Con lo que a Gena le hubiese complacido que el comandante Clark, la estrechara de pronto en sus brazos y la besara en los labios con verdadera pasión...

Pero parecía que se iba a quedar con las ganas, porque el viaje estaba a punto de concluir y nada hacía sospechar que Trevor Clark se hubiese decidido al fin a demostrarle que era un hombre de verdad.

Porque Gena no dudaba que el comandante Clark lo era, desde luego.

Estaba absolutamente segura de que le gustaban las mujeres.

¿Sería que no le gustaba ella, en particular...?

Gena Pulsen decidió averiguarlo.

Y decidió averiguarlo ahora, antes de que la *Venus 2000* llegase a la Tierra, porque la tripulación entera recibiría treinta días de permiso y ella no volvería a ver al comandante Clark hasta pasado ese tiempo.

Gena le sirvió el café y echó azúcar en la taza, removiéndolo con la cucharilla. Después, le ofreció la taza, diciendo:

—Listo para tomar, comandante.

—Gracias, Gena.

—No hay de qué.

Trevor ingirió un sorbo.

—¿Está a su gusto, comandante? —preguntó Gena.

—Sí, lo encuentro delicioso.

—Me alegro.

Trevor bebió otro trago de café.

Gena se llevó las manos a las caderas y llenó sus pulmones de aire; para aumentar sus relieves pectorales.

—Comandante...
—¿Qué?
—¿De verdad le parezco bonita?
—Mucho.
—Tengo mis dudas, ¿sabe?
—¿Por qué dices eso?
—Bueno, llevamos más de cuatro meses de viaje, y en todo este tiempo no ha demostrado usted ningún interés por mí.
—¿Te refieres a...?
—Sí, a lo que usted está pensando.
Trevor tosió.
—Verás, Gena, soy el comandante de la *Venus 2000*, y ello me obliga a respetar en todos los sentidos a los miembros de la tripulación, y, de manera especial, a las mujeres.
—Demostrar interés por una mujer de la tripulación no es faltarle al respeto, comandante. Si ella lo desea, permitirá que usted la bese, la abrace, e incluso que le haga el amor. Y, si no lo desea, se lo hará saber y no pasará nada.
—Tengo mis dudas con respecto a eso último, Gena. Soy el comandante, y para algunas mujeres de la tripulación resultaría muy embarazoso rechazar una proposición mía. Y eso es lo que yo trato de evitar, precisamente. No quiero que una mujer de la tripulación, solo porque yo sea el comandante, acceda a acostarse conmigo sin desearlo.
—Oh, ya entiendo... —sonrió Gena Pulsen—. Pero creo que está usted equivocado, comandante. Por lo que a mí respecta, al menos. Yo, sin desearlo, no me acostaría ni con el mismísimo presidente de la Confederación Terrestre.
—¿De veras?
—Se lo puedo jurar.
Trevor Clark sonrió.
—No es necesario, Gena. Te creo.
—Bien, pues ahora que sabe cómo pienso, ¿por qué no se levanta y me da un beso?
—¿Lo dices en serio? —respondió Trevor.
—¡Y tan en serio! Estoy deseando saber si es verdad que le gusto, o lo dijo solamente por galantería.

Trevor Clark dejó la taza de café sobre su mesa y se levantó del sillón. Vestía un traje rojo oscuro, de una sola pieza, y calzaba botas plateadas. De su cinto, ancho y dorado, pendía una pistola de rayos láser, así como un pequeño transmisor con pantalla, con el que podía comunicarse con cualquiera de los miembros de la tripulación, pues todos ellos disponían de un transmisor idéntico.

Trevor rodeó la mesa y enlazó por el talle a Gena Pulsen.

Ella le puso las manos sobre los hombros y se pegó suavemente a él.

Trevor percibió la tibieza del cuerpo femenino, la dureza de sus senos, el palpitar de su corazón, joven y deseoso de dar y recibir amor.

Gena entreabrió sus carnosos labios, ligeramente temblorosos, porque la muchacha llevaba mucho tiempo soñando con aquel momento, que por fin iba a convertirse en realidad.

Trevor la besó, recreándose en la caricia.

Gena celebró que se recreara.

Un beso corto y falto de pasión la hubiera dejado muy desilusionada.

También celebró que el comandante Clark la abrazara apretadamente.

De repente, cuando más intenso y profundo era el beso, empezó a oírse un zumbido intermitente.

Era la señal de llamada del transmisor de Trevor Clark.

El comandante de la *Venus 2000*, muy a su pesar, se separó de Gena Pulsen.

—Lo siento, Gena, pero tengo que contestar —dijo, tras un carraspeo.

—Claro —sonrió ella, contrariada por la inoportuna llamada, pero muy satisfecha por la forma en que la había besado Trevor Clark.

Este tomó su transmisor y pulsó un botón.

En la reducida pantalla, apareció el rostro de Viktor Shore, el segundo de a bordo.

—¿Qué ocurre, Viktor?

—¡Algo terrible, comandante! ¡La Tierra ha desaparecido...!

CAPÍTULO II

La primera reacción de Trevor Clark fue el más absoluto estupor.

Un estupor lógico y natural, porque eso de que la Tierra hubiese desaparecido...

Era imposible.

Y por eso precisamente, porque no era posible que la Tierra hubiese desaparecido, la segunda reacción de Trevor Clark fue tomarse a broma las palabras del segundo de a bordo.

Viktor Shore tenía solamente veintisiete años de edad, y era un tipo alegre y jovial, simpático, siempre dispuesto a gastar una broma o recibirla.

De ahí que Trevor Clark se echara a reír y exclamara:

—¡Eso ha tenido mucha gracia, Viktor!

El segundo de a bordo parpadeó.

—¿De veras le resulta gracioso que la Tierra haya desaparecido, comandante...?

—¡Venga ya, bromista! —respondió Trevor, sin dejar de reír.

Gena Pulsen, que en principio se había quedado tan estupefacta como el propio comandante Clark, ahora unía su risa a la de este, convencida también de que Viktor Shore había querido gastarle una broma al comandante.

—¡Este Viktor...! —dijo la muchacha.

—¡Es cierto, comandante! —insistió Shore—. ¡No estoy bromeando, la Tierra ha desaparecido de verdad! ¡Se ha esfumado!

Las palabras del segundo de a bordo, lejos de convencer a Trevor Clark y Gena Pulsen, acentuaron sus carcajadas.

—Conque la Tierra se ha esfumado, ¿eh, Viktor? —dijo Trevor, con guasa.

—¡Eso parece, comandante! ¡No está donde debería estar!

—¿Y dónde crees que habrá ido?

—¡No tengo la menor idea, comandante!

—Bueno, pues será cuestión de buscarla. Encárgate de ello, Viktor, y cuando la hayas encontrado, me vuelves a llamar. ¿De

acuerdo?

El segundo de a bordo apretó los dientes.

—¿Sigue sin creerme, ¿eh, comandante?

—¿Cómo quieres que te crea, Viktor? ¡Tu broma es muy original, pero también muy exagerada!

—¡No se trata de ninguna broma, comandante, se lo repito! ¡El asunto es muy serio! ¡Y muy grave, también!

—Oh, vamos, Viktor...

—¡Le juro por mi madre que hablo en serio, comandante! ¡Y si a pesar de ella sigue pensando que bromeo, suba al puente de mando y convénzase personalmente!

Dicho esto, el segundo de a bordo cortó la comunicación.

* * *

Trevor Clark pulsó otro botón y la minúscula pantalla del transmisor se apagó.

Gena Pulsen dejó de reír, al ver que el comandante de la *Venus 2000* había dejado también de hacerlo tras las últimas palabras de Viktor Shore.

El rostro de Trevor Clark, ahora, denotaba preocupación.

Una preocupación que aumentaba por segundos.

—Viktor no hablaba en serio, comandante —dijo Gena Pulsen.

—¿Estás segura?

—Usted lo conoce tan bien como yo, y sabe que siempre está de broma.

—Lo juró por su madre, Gena.

—Sí, pero formaba parte de la broma, y así no tiene importancia.

—Tendré que subir al puente.

—Eso es lo que Viktor quiere. La broma fue idea suya, pero estoy segura de que participan en ella Phil, Ankae, Ran y Yoko, que están de servicio en el puente. Se han puesto todos tan contentos, al ver aparecer la Tierra en la pantalla telescópica, que decidieron gastarle a usted esta simpática broma. Son más de cuatro meses sin ver nuestro hermoso planeta, comandante. Es comprensible su alegría y sus ganas de embromarle.

Trevor Clark devolvió el transmisor a su cinto, con una ligera

sonrisa en los labios, y dijo:
—Puede que tengas razón, Gena.
—Pues claro que la tengo. Es imposible que la Tierra haya desaparecido, comandante. Usted lo sabe tan bien como yo.
—Desde luego. De todos modos, subiré al puente. Yo también estoy deseando ver nuestro precioso mundo.
—¿Sin terminar el beso...? —sonrió atrevidamente la muchacha —. Recuerde, comandante, que Viktor nos interrumpió con su inoportuna llamada. Creo que nunca se lo perdonaré, porque en ese momento me encontraba como flotando en una nube de algodón.
Trevor rio.
—La verdad es que yo también lo estaba pasando fenomenal.
—¿Lo dice en serio, comandante...?
—Claro que sí.
Gena le pasó los brazos por el cuello y volvió a pegar su cuerpo al de él.
—Continuemos, comandante. No está bien dejar las cosas a medias.
—Tienes mucha razón, ¿sabes? —respondió Trevor, y volvió a unir su boca a la de ella, al tiempo que la rodeaba con sus brazos y la estrechaba con calor.

* * *

Trevor Clark se dirigía ya hacia el puente de mando.
Gena Pulsen le acompañaba.
Tras el beso, menos largo de lo que la muchacha hubiera deseado, habían abandonado los dos la cabina del comandante Clark.
La razón de que Trevor no hubiese prolongado demasiado el beso, no era otra que su preocupación por las últimas palabras de Viktor Shore, que no había desaparecido, ni mucho menos, a pesar de lo que después dijera Gena.
Trevor recordaba la expresión del segundo de a bordo, y le parecía que no era fingida. Si realmente se trataba de una broma, tendría que admitir que Viktor Shore era un estupendo actor.
Y esperaba que así fuera, porque si fuese verdad que la Tierra había desaparecido...

Trevor Clark no quería ni pensarlo.

Gena Pulsen interrumpió sus pensamientos, sugiriendo:

—¿Nos veremos en la Tierra, comandante...?

—¿Cómo?

—Que si nos veremos en la Tierra, cuando nos den a todos un mes de permiso. Yo no tengo ningún plan. ¿Y usted, comandante...?

—No, yo tampoco.

—¿No le espera ninguna mujer?

—No, que yo sepa.

—Resulta difícil de creer.

—¿Por qué?

—Bueno, un hombre tan apuesto como usted...

Trevor sonrió.

—¿Te espera a ti algún hombre, Gena?

—No, ninguno.

—Pues eso aún es más difícil de creer, porque eres una chica preciosa.

—Con gustarle a usted, me conformo.

—A mí me gustas mucho, ya te lo dije en mi cabina.

—La pena es que no me lo dijera cuando partimos de la Tierra, en vez de ahora, cuando casi estamos a punto de poner nuevamente los pies en ella. ¿Se da cuenta de lo que nos hemos perdido, comandante...?

—Intentaremos recuperarlo, no te preocupes.

—Por mí no ha de quedar, se lo aseguro.

—Ni por mí.

Rieron los dos.

No hablaron más, porque ya estaban entrando en el puente de mando.

Lo primero que hizo Trevor Clark, fue posar sus ojos en la pantalla telescópica.

Al instante, un profundo escalofrío estremeció su cuerpo.

En la pantalla telescópica se veía el Universo, negro y tachonado de rutilantes estrellas, pero no se veía la Tierra.

* * *

El comandante Clark se quedó parado, la mirada fija en la pantalla telescópica.

Gena Pulsen se detuvo también, bastante menos impresionada que Trevor Clark, pues pensaba que la broma continuaba.

—¿Sabéis que os estáis pasando, muchachos? —dijo, con gesto de enfado—. La broma empieza a resultar pesada.

Viktor Shore la miró.

—Ojalá se tratara de una broma, Gena.

—¡Lo es!

—Fíjate en mi cara, Gena. Y en la de Phil, Ankae, Ran y Yoko. ¿Te parece que tenemos cara de estar bromeando?

Gena Pulsen los observó a los cinco.

Trevor Clark también lo hizo.

El segundo de a bordo y los cuatro miembros de la tripulación que prestaban servicio en el puente estaban pálidos, estremecidos, temblorosos, demacrados.

El comandante Clark, gravemente, dijo:

—No están bromeando, Gena.

—Pero, no es posible que la Tierra haya desaparecido, comandante... —musitó la muchacha, perdiendo el color.

—Tal vez se salió de su órbita. O quizá estalló en pedazos, por causas que ignoramos. En cualquier caso, su desaparición es algo terrible, porque supone la muerte de todos sus habitantes.

CAPÍTULO III

Nadie discutió las palabras del comandante Clark.

Y es que no cabía discusión posible, pues lo mismo daba que la Tierra hubiese estallado en pedazos o que se hubiese salido de su órbita. En ambos casos, significaba el fin de la Humanidad entera.

Sí, porque si el globo terráqueo había salido despedido, rompiendo la atracción que sobre él ejercía el Sol, al alejarse velozmente de este habría dejado de recibir luz y calor.

La falta de luz era lo de menos, pero la falta de calor llevaría a la muerte a todos sus habitantes. También supondría la muerte de los animales, de la vegetación, el congelamiento de los mares, de los ríos, de los lagos...

La vida en la Tierra no estaba preparada para resistir temperaturas tan bajas como la de Júpiter, por ejemplo, que era de -140 °C de máxima en su superficie.

O como la de Saturno, que era de -160 °C.

En Urano, la temperatura máxima era de -210 °C.

Y aún era más baja la de Neptuno: -230 °C.

Y la de Plutón.

Cuanto más lejos giraban los planetas alrededor del Sol, más baja era la temperatura en su superficie, y el hielo lo cubría todo.

Lo mismo le habría ocurrido a la Tierra, si era cierto que había vencido la atracción del Sol y se había alejado de él, decidida a abandonar el Sistema Solar.

Trevor Clark se acercó a Viktor Shore.

—Tenemos que averiguar lo sucedido, Viktor.

—Sí, comandante.

—En primer lugar, debemos asegurarnos de que nuestros cálculos no son erróneos.

—Desgraciadamente no lo son, comandante.

—¿Lo has comprobado ya, Viktor?

—Sí, comandante. En cuanto vimos que la Tierra no estaba donde debería estar, hicimos que la computadora realizara de nuevo sus

cálculos. Y el resultado fue el mismo. Ni está la Tierra, ni está la Luna.

—En el supuesto de que la Tierra se haya salido de su órbita, es lógico que arrastrara con ella a la Luna, debido a la atracción que ejerce sobre el satélite.

—Estoy de acuerdo, comandante.

—¿Habéis intentado establecer comunicación con la Tierra, Viktor?

—No. La sorpresa nos dejó anonadados, comandante.

—Lo comprendo perfectamente. Bien, tenemos que movernos, Viktor. La Tierra ha desaparecido y debemos averiguar dónde está.

—Suponiendo que todavía exista, comandante —murmuró Shore.

—Confiemos en que sí.

Trevor Clark se volvió hacia la pantalla de comunicaciones.

—Phil.

—¿Sí, comandante...?

—Llama a la Tierra.

—A la orden.

Phil intentó establecer la comunicación.

Era un joven alto y delgado, de origen nórdico, como Ran, aunque este era más corpulento.

Yoko y Ankae, las dos mujeres que prestaban servicio en el puente, eran dos bellezas orientales. Gena Pulsen se acercó a ellas, muy pálida.

No cambiaron una sola palabra.

Las tres estaban pendientes de la pantalla de comunicaciones.

Trevor, Viktor y Ran también tenían los ojos fijos en ella.

Phil seguía llamando a la Tierra, pero nadie respondía.

Algunos minutos después, y convencido de que sería inútil insistir, Trevor Clark dijo:

—No sigas, Phil. Es evidente que la Tierra no recibe nuestra llamada. Y que no hay nadie en ella que pueda contestarnos...

Las últimas palabras del comandante Clark provocaron un estremecimiento general.

—Intenta ahora comunicar con la Luna, Phil —indicó Trevor—. Quizá, haya alguien en nuestra Base Lunar.

—Bien, comandante.

Phil llamó a la Base Lunar, pero tampoco contestó nadie.

El nerviosismo del comandante Clark y los seis miembros de la tripulación se acentuó.

Se miraban unos a otros en silencio, terriblemente angustiados.

—Déjalo, Phil —suspiró Trevor—. Tampoco en la Luna reciben nuestra llamada. Prueba a establecer comunicación con Marte. Es de suponer que Marte siga en su sitio, y que haya gente en nuestra Base Marciana.

—Esperemos que sí, comandante —respondió el tripulante, y llamó a Base Marciana.

Fueron pasando los segundos, sin que nadie atendiera la llamada.

El comandante Clark y los miembros de la tripulación intercambiaron de nuevo miradas, pero sin hacer ningún comentario.

Todos se estaban preguntando lo mismo.

¿Habría desaparecido, también, el planeta Marte...?

¿Por qué la Base Marciana no respondía?

¿Qué habría sido del numeroso grupo de personas que trabajaban en ella?

¿Ocurriría lo mismo en Júpiter?

¿Y en Saturno...?

También en esos planetas existían bases terrestres, como en Urano y Plutón. Incluso en Venus y Mercurio, los más próximos al Sol.

¿Se habrían salido igualmente de sus respectivas órbitas todos esos mundos...?

¿Habría desaparecido el Sistema Solar entero...?

¿Se habría quedado solo el Sol, abandonado por su corte de planetas?

En todo ello estaban pensando el comandante Clark y los seis miembros de la tripulación, cuando, súbitamente, alguien respondió a la insistente llamada de la *Venus 2000*.

Al ver aparecer su imagen en la pantalla de comunicaciones, Gena Pulsen no pudo reprimir un chillido de terror.

Yoko y Ankae también sintieron deseos de gritar, porque el ser que acababa de aparecer en la pantalla no podía ser más espantoso.

¡Era un auténtico monstruo!

* * *

El escalofriante ser emitió una serie de roncos gruñidos.

Debía de estar hablando en su lengua.

Al menos, eso pensó Trevor Clark, tan impresionado como Viktor Shore, Phil y Ran.

La espeluznante criatura del espacio enmudeció de pronto y pareció quedar a la espera de la respuesta de los terrestres.

Pero no hubo tal respuesta.

¿Qué podía responderle Trevor Clark, si no tenía la menor idea de lo que el horrible ser había dicho?

El silencio de los terrestres debió enfurecer a la alucinante criatura, pues empezó a gruñir de nuevo, ahora con más fuerza que antes.

Más que gruñidos, parecían rugidos.

El comandante Clark y los miembros de la tripulación lo contemplaban con los ojos agrandados, horrorizados por el aspecto del ser, cuya cabeza semejaba la de un tiburón, con sus ojos redondos y salidos, su enorme boca, armada con varias filas de dientes triangulares, la ausencia de pabellones auriculares...

En la parte superior de su monstruosa cabeza tenía una especie de cresta, que parecía descender por su espinazo. Esto último no podía apreciarse bien a través de la pantalla de comunicaciones, pues solo ofrecía la parte superior del cuerpo del horripilante ser, visto de frente.

De repente, la horrorosa criatura desapareció de la pantalla.

Había cortado la comunicación.

CAPÍTULO IV

En el puente de mando de la *Venus 2000* reinaba el silencio.

Viktor Shore fue el primero que se decidió a hablar.

—Era un ser espantoso, comandante...

—Sí, aterrador de verdad —estuvo de acuerdo Trevor Clark.

—¿De dónde habrá salido? —se preguntó en voz alta Ran.

—No lo sé —respondió Trevor—. Nosotros estábamos llamando a la Base Marciana. ¿No es cierto, Phil?

—Así es, comandante.

—Entonces, solo caben dos cosas. O ese horroroso ser se halla en nuestra Base Marciana, junto con otros miembros de su especie, o ha interceptado nuestra llamada desde su nave.

—Lo primero significaría que esos horribles seres se han apoderado de nuestra Base Marciana, ¿no, comandante? —preguntó Yoko.

—Efectivamente —asintió Trevor—. Y es posible que se hayan apoderado de más cosas.

—¿Está pensando en nuestras otras bases, comandante...? —preguntó Ankae.

—Sí, en ellas estoy pensando. Y, para salir de dudas, lo mejor es llamar a todas esas bases. Manos a la obra, Phil.

—A la orden, comandante.

Phil empezó por Júpiter.

Nadie respondió a la llamada.

Lo mismo ocurrió con Saturno, Urano y Plutón.

Tampoco respondieron las bases de Mercurio y Venus.

Viktor Shore no pudo contenerse y gritó:

—¿Esos malditos seres se han apoderado de todo el Sistema Solar!

—No pierdas la calma, Viktor —rogó Trevor—. Debemos conservar todos la serenidad, si queremos salir con bien de esto.

—¿Salir con bien...? ¡Difícil lo veo!

—No nos dejaremos atrapar, no temas. La *Venus 2000* está

capacitada para combatir con éxito a los enemigos más fuertes.

—¡Pero es que estamos solos en el Sistema Solar, comandante! ¡La Tierra ha desaparecido, y nuestras bases del resto de los planetas no responden! ¡Ni siquiera sabemos si todos esos mundos siguen girando alrededor del Sol, o han desaparecido también con sus respectivos satélites!

—Eso lo sabremos muy pronto, Viktor, porque vamos a dirigirnos a Marte —decidió el comandante Clark.

* * *

Trevor Clark ordenó al resto de la tripulación que acudiera rápidamente al puente de mando.

El primero en llegar fue Paul Robertson, el médico de a bordo.

Se trataba de un hombre de mediana edad, estatura corriente, más bien delgado, de cabello gris y facciones bondadosas.

—¿Nos llama para que contemplemos la Tierra, comandante...? —preguntó, sonriente.

—La Tierra ha desaparecido, doctor Robertson —informó Trevor, con grave expresión.

El médico abrió la boca, perplejo.

—¿Qué la Tierra qué...?

—Nuestro mundo se ha esfumado, doctor. Y no me pregunte cómo, porque no lo sé. Pero lo averiguaremos, no se preocupe.

El estupor impidió a Paul Robertson preguntar nada. Otros tripulantes fueron personándose en el puente. Llegaban todos alegres y sonrientes, pues sabían que el largo viaje estaba a punto de terminar, y pensaban que el comandante Clark los había llamado para que viesen la Tierra, primero a través de la pantalla telescópica, y después directamente por el amplio mirador del puente de mando.

Al no ver el azulado globo terráqueo en la pantalla telescópica, ni tampoco por el mirador del puente, los miembros de la tripulación sufrieron un evidente desencanto.

Trevor Clark esperó a que todos estuviesen en el puente.

Entonces, les puso al corriente de lo que sucedía.

Huelga decir que la tripulación entera se quedó atónita.

Nadie, desde luego, pensó que se trataba de una broma.

Las expresiones del comandante Clark, Viktor Shore, Gena Pulsen, Ran, Phil, Yoko y Ankae, confirmaban que la cosa iba muy en serio.

Trevor Clark añadió:

—Hemos puesto rumbo a Marte, porque es la única manera de saber si el planeta sigue en órbita o ha desaparecido como la Tierra. Sabremos, también, si el ser que respondió a nuestra llamada lo hizo desde la Base Marciana, o desde su nave. En cualquier caso, debemos estar preparados para la defensa. Es posible que la *Venus 2000* sea atacada por esos seres monstruosos. Pero no os preocupéis por ello. Si somos atacados, repeleremos la agresión y les daremos a esos seres su merecido. Lo más importantes de todo es saber dónde está la Tierra, por qué se salió de su órbita, o si fue destruida. Personalmente, no creo posible esto último. No es fácil desintegrar un planeta como el nuestro, hasta el punto de no dejar ni rastro de él. Pienso que la Tierra sigue existiendo, y debemos dar con ella, cueste lo que cueste.

No hubo ningún comentario.

El comandante Clark, tras unos segundos de silencio, ordenó:

—Que cada cual ocupe su puesto. El ataque de esos seres puede producirse de un momento a otro.

* * *

Al lugar en donde, según los cálculos de la computadora, debería encontrarse Marte, al menos.

Que estuviese o no, era otra cuestión.

Pronto saldrían de dudas, sin embargo, pues si Marte seguía en su órbita normal, no tardaría en aparecer en la pantalla telescópica.

La tripulación entera, tensa y nerviosa, esperaba ese momento con viva ansiedad.

El temido ataque de los extraterrestres, por el momento, no se había producido.

El radar no detectaba nave alguna.

Ran estaba muy pendiente de él.

Viktor Shore sería quien se encargase de disparar los misiles nucleares, si detectaban alguna nave alienígena y esta les atacaba.

El comandante Clark hacía saltar su mirada de la pantalla telescópica a la pantalla del radar, tan tenso como el que más, pero controlándose perfectamente.

Sabía que su vida, y la de los miembros de la tripulación, estaban en juego, y solo manteniendo el aplomo y la sangre fría lograrían salvarse.

Súbitamente, en la pantalla telescópica apareció un planeta, alrededor del cual giraban dos pequeños satélites.

El color rojo sangre lo hacía inconfundible.

Era Marte.

Y Deimos y Pobos, sus satélites.

Casi al mismo tiempo, el radar captaba una nave que se aproximaba a la *Venus 2000*.

Ran dio un respingo y exclamó:

—¡Mire esto, comandante!

Trevor Clark se plantó de un salto junto a Ran y observó de cerca la pantalla del radar.

—Es una nave, no hay duda. ¡Prepárate para lanzar los misiles, Viktor!

—¡Estoy listo, comandante! —respondió el segundo de a bordo.

Tan solo un par de segundos después, media docena de puntitos surgían del punto con que el radar detectaba la aproximación de la nave extraterrestre.

Para Trevor Clark, la cosa no ofrecía ninguna duda.

El ataque de la nave alienígena había comenzado.

* * *

El comandante Clark ordenó a Viktor Shore el lanzamiento de seis misiles.

El segundo de a bordo obedeció instantáneamente y los seis cohetes atómicos, teledirigidos, partieron al encuentro del enemigo.

—¡Localiza con la cámara telescópica los proyectiles que esos seres nos envían, Yoko! —indicó Trevor.

Yoko manejó la cámara con rapidez y seguridad.

En la pantalla telescópica dejaron de verse Marte y sus dos satélites, para, escasos segundos después, aparecer los seis

proyectiles que tenían la misión de destruir la *Venus 2000*.

Eran gigantescos.

Verdaderos torpedos espaciales.

Uno solo de ellos bastaría para hacer saltar en pedazos la astronave terrestre.

Trevor Clark miró la pantalla del radar.

En ella podían verse ahora seis puntitos intermitentes que iban al encuentro de los otros seis, los que surgieron del punto que representaba la nave extraterrestre.

Eran los misiles nucleares terrestres, que iban en busca de los torpedos espaciales alienígenas.

La dirección era correcta.

Dentro de pocos segundos, se produciría el choque.

Era ya muy escasa la distancia que separaba los proyectiles atacantes de los defensivos.

El comandante Clark y todos los miembros de la tripulación estaban pendientes de la pantalla telescópica.

Viktor Shore contó en voz alta los segundos que faltaban para el choque de los proyectiles.

—¡Cinco...! ¡Cuatro...! ¡Tres...! ¡Dos...! ¡Uno...!

Con matemática exactitud, los misiles nucleares terrestres chocaron contra los torpedos espaciales alienígenas.

A pesar de la distancia que separaba a la *Venus 2000* del lugar en donde se había producido el encuentro de los proyectiles, la tremenda explosión hizo que la astronave terrestre temblara.

Trevor Clark tuvo que agarrarse fuerte al sillón de Ran, para no perder el equilibrio.

El terrible estallido de los misiles y los torpedos se pudo apreciar perfectamente a través de la pantalla telescópica.

Tras la estremecedora explosión, los torpedos espaciales dejaron de verse en la pantalla.

Los seis habían sido destruidos por los misiles terrestres.

—¡Los hemos interceptado, muchachos! —exclamó Trevor Clark, jubiloso.

—¡Viva!

—¡Bravo!

—¡Tomemos ahora la iniciativa del combate, comandante!

Trevor Clark ya tenía pensado hacerlo, así que inmediatamente ordenó:

—¡Lanza otros seis misiles, Viktor!

—¡Con mucho gusto, comandante!

—¡Esta vez el objetivo será la nave extraterrestre!

—¡Ya lo suponía!

—¡Lanza también una docena de señuelos, Viktor! ¡Eso dificultará la defensa de los extraterrestres, pues tardarán en descubrir cuáles son los misiles auténticos y cuáles los falsos!

—¡Seguro! —rio Shore, y efectuó los lanzamientos.

En la pantalla del radar aparecieron inmediatamente los dieciocho puntitos, aproximándose a la nave alienígena.

—¡Yoko, procura localizar la nave enemiga con la cámara telescópica! —ordenó Trevor Clark.

—¡Bien, comandante!

Yoko manejó la cámara y consiguió localizar la nave extraterrestre.

Una nave circular de aspecto siniestro.

—¡Ahí la tenemos, comandante! —exclamó Yoko.

—¡Bravo! ¡Ahora veremos si esos seres son capaces de destruir nuestros misiles verdaderos! —dijo Trevor Clark, muy atento a la acción de defensa que pudieran desarrollar los extraterrestres.

CAPÍTULO V

La treta del comandante Clark parecía que iba a dar resultado, pues los extraterrestres tardaban más de la cuenta en reaccionar, desconcertados sin duda por el gran número de misiles nucleares que se les venían encima.

Naturalmente, solo seis de ellos tenían poder destructivo.

Pero eso los alienígenas no lo sabían.

De ahí que tardaran en reaccionar.

Y dicha tardanza la iban a pagar muy cara, pues los misiles terrestres se dirigían hacia su nave a gran velocidad.

Era solo cuestión de segundos que alcanzaran su objetivo.

Los extraterrestres, tal vez porque no disponían de suficientes torpedos espaciales para interceptar los seis misiles terrestres auténticos y los doce falsos, decidieron destruirlos con sus cañones de rayos desintegradores.

Un tipo de arma ideal para distancias cortas, pero muy peligroso, pues si no lograban destruir todos los misiles terrestres, su nave estallaría en pedazos.

Los cañones empezaron a funcionar.

Cuando un rayo desintegrador alcanzaba un misil nuclear auténtico, sobrevenía instantáneamente la explosión. En cambio, cuando alcanzaba un misil falso, no se producía estallido alguno.

Así fue como los alienígenas descubrieron que no todos los misiles terrestres eran verdaderos, que había también un buen número de señuelos.

El descubrimiento, por desgracia para ellos, llegó tarde.

Sí, porque no les dio tiempo a alcanzar todos los misiles con los disparos de sus cañones, y dos de ellos lograron su objetivo.

Y se trataba de dos misiles auténticos.

El resultado no pudo ser más catastrófico para los extraterrestres.

Su nave saltó en pedazos, desintegrada por los poderosos misiles nucleares.

Tras el espectacular estallido de la nave alienígena, en el puente

de mando de la *Venus 2000* se produjo otro estallido, pero este fue de júbilo, por la destrucción de la nave enemiga.

—¡Lo conseguimos, comandante! —exclamó Viktor Shore.

—¡Así es, Viktor! —respondió Trevor Clark.

—¡Hemos pulverizado la nave de esos seres! —dijo Ran.

—¡Se lo merecían! —opinó Yoko.

—¡Sí, porque ellos fueron los primeros en atacar! —añadió Ankae.

—¡Lo de lanzar una docena de señuelos fue una gran idea, comandante! —habló Gena Pulsen.

—¡Sabía que les iba a crear problemas! —rio Trevor.

—¡Un «hurra» por el comandante Clark! —pidió Phil.

—¡Hurra...! —gritaron todos a coro.

Trevor Clark alzó los brazos, en demanda de silencio.

—No debemos lanzar las campanas al vuelo, muchachos. Hemos destruido una nave enemiga, pero es probable que haya más. Tenemos que estar alerta. Tal vez nos ataquen de nuevo. Que cada cual continúe en su puesto, no debemos dejarnos sorprender.

Los miembros de la tripulación comprendieron que el comandante Clark tenía razón, así que frenaron su júbilo y volvieron a sus respectivas tareas.

Si los extraterrestres atacaban de nuevo, no les pillarían desprevenidos.

* * *

La *Venus 2000* daba vueltas alrededor de Marte, en una órbita artificial de cien mil kilómetros, distancia que el comandante Clark estimaba prudente y segura.

El radar de la astronave terrestre no había detectado ninguna otra nave alienígena, pero el ataque podía llegar del propio Marte, si era cierto que el planeta se hallaba en poder de aquellos horribles seres con cabeza de tiburón.

La órbita artificial adoptada por la *Venus 2000* permitiría a los miembros de su tripulación repeler con éxito un posible ataque extraterrestre lanzado desde Marte, pues dispondrían de tiempo suficiente para ello.

Aproximarse más a Marte, sabiendo que el planeta podía hallarse en manos de los extraterrestres, hubiera resultado muy peligroso.

Todos los miembros de la tripulación de la *Venus 2000* volvían a hallarse tensos y nerviosos, porque la espera no contribuía precisamente a tranquilizarles, sino más bien todo lo contrario.

Habían transcurrido ya bastantes minutos desde que destruyeran la nave alienígena, y aquella larga calma resultaba desesperante.

Trevor Clark sentía lo mismo que su tripulación, e incapaz de resistir por más tiempo la tensa quietud, ordenó:

—Llama de nuevo a la Base Marciana, Phil. Tal vez responda uno de esos seres.

—Muy bien, comandante.

Phil hizo la llamada.

En la pantalla de comunicaciones no apareció nadie.

—No responden, comandante.

—Insiste, Phil.

—Bien.

Phil siguió llamando, pero el resultado fue el mismo.

Trevor Clark suspiró.

—No llames más, Phil. O no hay nadie en nuestra Base Marciana, o no quieren contestarnos. Tendremos que ir a ella, si queremos averiguarlo.

Viktor Shore respondió.

—¿Ir a la Base Marciana, comandante...?

—Sí.

—Se me antoja demasiado peligroso.

—Lo sería si fuésemos con la *Venus 2000*, pero no cometeremos ese error. La astronave seguirá a prudente distancia de Marte, presta a repeler cualquier ataque, y nos protegerá mientras nos acercamos al planeta en una de nuestras pequeñas naves de reconocimiento. Si somos atacados, la *Venus 2000* entrará en acción y nos librará de nuestros enemigos. Tú te encargarás de ello, Viktor.

—¿Yo, comandante...?

—Sí, quedarás al mando de la astronave.

—Lo sé, pero...

—Deje que le acompañe, comandante. Puedo hacerle falta.

—Haces más falta aquí, Viktor. Uno de nosotros debe quedarse a

bordo, por si al otro le ocurre algo.

—Usted es más necesario que yo, comandante Clark. Deje que sea yo quien corra el riesgo de...

—No, Viktor; está decidido —le interrumpió Trevor, con una sonrisa—. De todos modos, te lo agradezco.

El segundo de a bordo suspiró, resignado.

—De acuerdo, comandante. ¿Quiénes irán con usted?

—Phil, Ran, el doctor Robertson, Gena, Yoko y Ankae —respondió Trevor Clark, mirándolos uno por uno, al tiempo que pronunciaba sus nombres.

Ninguno de los elegidos puso objeciones.

Sabían que iban a correr una peligrosa aventura, pero confiaban en el comandante Clark y le acompañarían sin rechistar a la Base Marciana.

CAPÍTULO VI

Algunos minutos después, Trevor Clark y los seis miembros de la tripulación escogidos por él, para acompañarle a la Base Marciana, se introducían en una de las pequeñas naves de reconocimiento.

La *Venus 2000* disponía de cuatro naves de reconocimiento, que transportaba en un gigantesco hangar, ubicado en lo que podía denominarse como el vientre de la astronave.

Además de estas cuatro pequeñas naves, en el hangar podían verse un buen número de vehículos, tanto voladores como para rodar por superficies sólidas, blandas, arenosas o líquidas. También varias docenas de cinturones cohete.

El comandante Clark y los seis miembros de la tripulación se habían equipado convenientemente. Trajes térmicos, botas especiales, escafandras, aunque estas todavía las llevaban en las manos, y no se las colocarían a manos que tuviesen necesidad de moverse por la tenue atmósfera marciana, compuesta en su mayor parte por dióxido de carbono, con solo 0,1 % de oxígeno y con escasísimo vapor de agua.

Trevor Clark ocupó el sillón del piloto.

A su lado, en el sillón del copiloto, se sentó Phil.

Tras ellos, se acomodaron Gena Pulsen, el doctor Robertson, Ran, Yoko y Ankae.

Todos iban armados con pistolas de rayos láser.

En la parte trasera de la pequeña nave, había media docena de fusiles de rayos infrarrojos, que empuñarían también cuando llegasen a la Base Marciana.

La presión del hangar fue regulada, antes de abrir la colosal puerta.

El comandante Clark encendió los motores y la pequeña nave de reconocimiento abandonó el hangar, dirigiéndose directamente a Marte.

Desde el puente de mando de la *Venus 2000*, Viktor Shore y el resto de la tripulación contemplaron el alejamiento de la pequeña

nave. Al principio, por el mirador del puente; después, a través de la pantalla telescópica.

Todos temían que la nave de reconocimiento fuera atacada por aquellos espantosos seres que parecían haberse adueñado del Sistema Solar entero, y se hallaban prestos para intervenir.

Sin embargo, iban pasando los segundos y no sucedía nada.

El radar no detectaba más nave que la que pilotaba el comandante Clark, cada vez más lejos de la *Venus 2000* y más próxima a Marte.

Todo estaba en calma.

Pero seguía siendo una calma tensa, que podía quebrarse en cualquier momento, dando paso a un furioso combate entre alienígenas y terrestres.

* * *

La pequeña nave de reconocimiento seguía aproximándose al planeta rojo, como suele denominarse también a Marte.

La Base Marciana se alzaba en una área triangular, denominada Syrtis Major, y hacia allí se dirigía la pequeña nave, que también disponía de una pantalla telescópica.

Poco después, en la pantalla aparecía la región llamada Syrtis Major.

Lo que no apareció fue la Base Marciana.

No había ni rastro de ella.

Trevor Clark y los seis miembros de la tripulación se llenaron de sorpresa.

—¡No está, comandante! —exclamó Phil—. ¡La Base Marciana ha desaparecido también...!

—No es posible... —musitó Trevor—. Nos habremos equivocado de zona, Phil.

—Me temo que no, comandante. Eso que vemos en la pantalla, es Syrtis Major, me juego la mano derecha.

Trevor Clark se fijó detenidamente en los parajes marcianos que les ofrecía la pantalla telescópica, cada vez más próximos.

Phil podía jugarse tranquilamente su mano derecha, que no se quedaría manco, porque aquella región, efectivamente, era Syrtis Major.

Trevor no tenía ya ninguna duda.

No obstante, y para mayor seguridad, llamó a la *Venus 2000*.

En la pantalla de comunicaciones apareció el rostro preocupado de Viktor Shore.

—¿Ocurre algo, comandante?

—Comprueba nuestra posición, Viktor.

—¿Su posición...?

—Sí, quiero asegurarme de que no nos hemos confundido. Consúltalo con la computadora.

—Está bien, comandante.

Viktor Shore desapareció momentáneamente de la pantalla.

Cuando volvió a aparecer, confirmó:

—Su rumbo es correcto, comandante. Se dirigen a Syrtis Major. Deberían divisar ya la región, a través de la pantalla telescópica.

—La divisamos, Viktor.

—¿Entonces...?

—La Base Marciana ha desaparecido —comunicó Trevor Clark.

* * *

Syrtis Major se divisaba ya perfectamente a través del mirador de la pequeña nave de reconocimiento, sin necesidad de recurrir a la pantalla telescópica.

El comandante Clark y los seis miembros de la tripulación sobrevolaron la región a escasa velocidad, tratando de hallar algún rastro de la Base Marciana.

Fue inútil.

Nada hacía indicar que allí, en aquella zona de Marte, había existido una base terrestre.

No tenía explicación.

La Base Marciana podía haber sido destruida por aquellos seres con cabeza de tiburón, desde luego. Pero, si tal cosa hubiese sucedido, los restos de lo que fuera una gran base terrestre seguirían allí, bien visibles.

¿Cómo se podía haber borrado toda huella de algo tan gigantesco...?

¿Cómo era posible que el suelo apareciese intacto, como si allí

jamás se hubiese excavado...?

¡Parecía cosa de brujas!

Pero, como en el siglo XXI ya nadie creía en brujas, había que tratar de encontrar una explicación lógica.

Fue lo que se dijo Trevor Clark, mientras sobrevolaban Syrtis Major.

Viktor Shore, que seguía en comunicación con la pequeña nave de reconocimiento, aconsejó:

—Será mejor que regresen a la astronave, comandante.

—Todavía no, Viktor. Quiero desentrañar este misterio. La Base Marciana no puede haber desaparecido así como así, sin dejar el menor rastro. No es un planeta o un satélite, que pueden salirse de su órbita y vagar errantes por el espacio sideral.

—Es peligroso que continúen sobrevolando el suelo marciano, comandante. Esos horribles seres pueden atacarles en el momento más inesperado.

—Estaremos alerta, Viktor, no te preocupes.

Viktor Shore no insistió.

Cuando Trevor Clark tomaba una decisión...

* * *

Syrtis Major había quedado atrás.

Trevor Clark quería sobrevolar otras regiones marcianas, con la esperanza de hallar alguna pista que le ayudase a aclarar el misterio de la desaparición de la Base Marciana.

De pronto, al escrutar una región montañosa, el comandante Clark y los seis miembros de la tripulación que le acompañaban descubrieron algo sorprendente.

Abajo, entre unas rocas, había un par de esqueletos. No eran humanos, desde luego.

Pero eso era lo de menos.

En Marte no existía vida de ningún tipo.

No podía, por tanto, haber esqueletos de seres humanos o de animales.

Sin embargo, allí estaban aquellos dos, bien visibles.

Eran los esqueletos de un par de bestias, de eso no cabía la menor

duda.

Y se trataba de un par de bestias gigantescas, muy parecidas a los saurios, a juzgar por la forma de sus esqueletos.

¡Saurios gigantes en Marte!

Era algo increíble.

Trevor Clark tomó una decisión arriesgada.

—Vamos a aterrizar, Viktor.

—¿Han descubierto algo, comandante? —preguntó Shore.

—Sí.

—¿Qué?

Trevor se lo explicó.

Shore puso cara de asombro.

—Saurios en Marte... —murmuró, sin poderlo creer.

—Otra cosa más que no tiene explicación —dijo Trevor—. Por eso quiero bajar y examinar esta zona marciana de cerca. Puede que encontremos algo.

—Tengan mucho cuidado, comandante.

—Lo tendremos, no temas.

Segundos después, Trevor Clark posaba la nave de reconocimiento entre las rocas, a unos diez metros del lugar en donde yacían los esqueletos de los dos saurios gigantes.

Los siete terrestres se colocaron las escafandras, empuñaron los fusiles de rayos infrarrojos, con la sola excepción del doctor Robertson, que empuñó su pistola de rayos láser, y abandonaron la nave, sin sospechar que corrían un grave peligro fuera de ella.

CAPÍTULO VII

El comandante Clark y los seis miembros de la tripulación que le acompañaban se acercaron a los esqueletos de los saurios gigantes, para estudiarlos mejor.

A través del micrófono acoplado a la escafandra, Trevor preguntó:

—¿Cuánto tiempo cree que llevan muertos estos dos saurios, doctor Robertson?

—Bueno, es difícil precisarlo, comandante; pero yo diría que...

No, el doctor Robertson no dijo nada, porque justo en aquel momento se escuchó un rugido atronador.

Los siete terrestres se volvieron, estremecidos, porque el escalofriante rugido había sonado a sus espaldas.

Lo había emitido un saurio gigantesco, que acababa de aparecer en lo alto de una gran roca.

El monstruoso reptil, batiendo sus poderosas mandíbulas dentadas, movió sus cuatro extremidades cortas y su larga cola, y se lanzó sobre el grupo de terrestres, dispuesto a devorarlos a todos.

—¡Disparad...! ¡Disparad! —gritó Trevor Clark, haciendo funcionar ya su fusil de rayos infrarrojos.

Phil, Ran, Gena, Yoko y Ankae, dominando su terror, dispararon también sus fusiles. El doctor Robertson, por su parte, accionó su pistola de rayos láser.

El alargado cuerpo de la bestia, de piel verdosa, muy dura y cubierta de tubérculo, tembló al recibir los rayos caloríficos y frenó su carrera, lanzando unos bramidos ensordecedores.

El comandante Clark y su gente siguieron disparando sobre el reptil, quien, abrasado, comenzó a revolcarse por el suelo y a dar furiosos coletazos.

Esto último era muy peligroso para los terrestres, pues podían verse alcanzados por la larga cola del animal.

—¡Atrás! —gritó Trevor Clark—. ¡Retroceded!

Los siete se distanciaron rápidamente del saurio, aunque sin dejar

de dispararle.

La cola del reptil golpeó en un par de ocasiones la pequeña nave de reconocimiento, zarandeándola. Por fortuna, el fuselaje de la nave era muy resistente y no sufrió ningún daño.

La bestia, literalmente carbonizada, encontró la muerte y quedó rígida, patas arriba.

El comandante Clark y su gente respiraron aliviados al ver que el saurio gigante quedaba inmóvil.

Desgraciadamente, su alivio duró muy poco, ya que, tan solo unos segundos después, aparecían otros dos saurios gigantes, soltando rugidos.

Y no eran los únicos que andaban cerca.

Había muchos más, reptando ya con rapidez hacia el lugar en donde se hallaba posada la pequeña nave terrestre.

* * *

Trevor Clark y los seis miembros de la tripulación abrieron fuego contra la pareja de saurios.

Uno había aparecido por la derecha, mientras que el otro había surgido por la izquierda, lo que obligó a los terrestres a dividir sus fuerzas.

Trevor, Phil, Gena y Ankae disparaban contra uno de los saurios, y el doctor Robertson, Ran y Yoko mantenían a raya al otro.

Los dos reptiles rugían como locos y daban unos coletazos terribles.

El comandante Clark y su gente tenían que dar continuos saltos, para esquivar los peligrosos coletazos de las bestias, abrasadas ya por los rayos infrarrojos y láser.

Ankae no pudo evitar que la cola del saurio contra el que ella disparaba la alcanzara, aunque, afortunadamente, no la golpeó de lleno, sino más bien de refilón.

Aun así, la muchacha se vio derribada y perdió su fusil.

Clark se dio cuenta de ello y gritó:

—¡Ayuda a Ankae, Phil! ¡Gena y yo nos encargamos del saurio!

Phil dejó de disparar sobre el reptil y ayudó a Ankae a ponerse en pie.

El otro saurio alcanzó con el extremo de su cola al doctor Robertson, derribándolo también.

Phil se desentendió de Ankae y acudió en ayuda del médico.

Ankae desenfundó su pistola de rayos láser y comenzó a disparar contra el saurio que acababa de tumbar al doctor Robertson.

La pareja de reptiles estaba al borde de la muerte, pero seguían siendo peligrosos.

Por ello, cuando el comandante Clark vio surgir otros tres saurios gigantescos, por otros tantos puntos distintos, comprendió que no podrían mantenerlos a raya a todos y ordenó:

—¡A la nave, rápido...! ¡No podemos seguir aquí! ¡Los saurios nos destrozarán a coletazos y acabarán devorándonos!

Los terrestres corrieron hacia la pequeña nave, que seguía recibiendo terribles golpes de cola por parte de los agonizantes reptiles.

De ahí que no fuera fácil introducirse en ella, a causa de sus zarandeos, pero había que intentarlo. Y sin pérdida de tiempo, porque los tres saurios que acababan de aparecer ya se habían lanzado al ataque, dando bramidos.

Yoko, Ankae y el doctor Robertson fueron los primeros en meterse en la nave, aunque ello les supuso rodar por el suelo como pelotas, pues era prácticamente imposible mantener el equilibrio en el interior de la nave, debido a sus terribles zarandeos.

Gena Pulsen entró tras ellos, rodando también por el piso de la nave.

El comandante Clark, Phil y Ran, muy cerca ya de la nave, se esforzaban por detener el avance de los saurios, mientras sus compañeros se introducían en ella.

Ran resultó alcanzado por un golpe de cola, tan violento, que le dejó sin sentido.

Trevor Clark rugió:

—¡Carga con Ran y mételo en la nave, Phil!

Phil no quería dejar solo al comandante Clark, pero no se atrevió a discutir la orden. Cargó rápidamente con su compañero y se introdujo corriendo en la nave.

Trevor Clark retrocedió.

Habían aparecido varios saurios más.

La nave estaba totalmente rodeada de reptiles.

El comandante Clark efectuó un último disparo con su fusil de rayos infrarrojos, abrasándole los ojos al saurio que tenía más próximo. Después, dio un gran salto y se metió en la nave.

El saurio ciego dio un brinco, acompañado de un escalofriante bramido de dolor. Su cola cayó como un colosal látigo sobre el lugar que apenas un par de segundos antes ocupara Trevor Clark, al que hubiera triturado irremisiblemente de no haberse introducido tan velozmente en la nave.

Trevor Clark perdió el equilibrio, pero aun así fue capaz de accionar su mando de control remoto y cerrar la puerta de la nave. Después, arrastrándose literalmente por el piso de la nave, alcanzó el sillón del piloto, lo ocupó, y encendió los motores.

La nave se elevó con rapidez, poniéndose fuera del alcance de las colas de los saurios, acabando así con los terribles zarandeos.

La estabilidad de la nave permitió a los seis miembros de la tripulación ponerse en pie y ocupar sus asientos. Ran había vuelto en sí, pero como no se hallaba totalmente recuperado, tuvo que ser ayudado por Phil y el doctor Robertson.

Al mirar abajo, el comandante Clark y su gente sintieron un profundo escalofrío, al descubrir más de un centenar de saurios.

—De buena nos hemos librado, muchachos —murmuró Trevor, antes de emprender el regreso a la *Venus 2000*.

CAPÍTULO VIII

La vuelta del comandante Clark y los demás, sanos y salvos, fue celebrada por Viktor Shore y el resto de los miembros de la tripulación.

Nuevamente se hallaban todos en el puente de mando, despojados ya Trevor Clark y los seis tripulantes que le acompañaban a Marte de los trajes térmicos, las botas especiales, las escafandras, y el resto de sus equipos espaciales.

La *Venus 2000*, por el contrario, seguía girando alrededor del planeta rojo, en su órbita artificial de cien mil kilómetros.

—¿Qué vamos a hacer ahora, comandante? —preguntó el segundo de a bordo.

Trevor lo miró.

—Todavía no lo he decidido, Viktor. Mi cerebro está ofuscado, porque son demasiadas las cosas sorprendentes que están sucediendo. La desaparición de la Tierra y la Luna, de nuestra Base Marciana, el silencio de las restantes bases, el ataque de más de un centenar de gigantescos saurios en Marte... Imposible coordinar todo eso, encontrarle una explicación lógica.

—Esos seres con cabeza de tiburón tienen la culpa de todo, estoy seguro —rezongó Shore.

—Es posible. Aunque es difícil culparles de la existencia de saurios gigantes en Marte, porque no creo que los trajeran ellos de su mundo, en sus naves. Un saurio gigante no es un perro o un gato, Viktor.

—El comandante tiene razón —intervino el doctor Robertson—. Y hay un hecho que lo demuestra, Viktor.

—¿A qué hecho se refiere, doctor? —preguntó Shore.

—Los dos saurios, cuyos esqueletos encontramos, llevaban muertos varios años.

—¿Está seguro de eso, doctor Robertson...? —exclamó Trevor Clark, respingando.

El médico asintió con la cabeza.

—Absolutamente. No puedo precisar si llevan muertos cinco, diez, o más años. Lo que sí puedo afirmar, es que esa pareja de saurios gigantes murieron mucho antes de que la *Venus 2000* partiera de la Tierra. Nuestro viaje solo ha durado cuatro meses y algunos días. Está claro, pues, que cuando lo emprendimos ya existían saurios gigantes en Marte.

—¡En Marte no existía entonces ninguna especie animal, doctor, usted lo sabe tan bien como yo! —replicó Shore.

—Esos esqueletos demuestran que estábamos equivocados, Viktor.

El segundo de a bordo sacudió la cabeza.

—Me niego a admitirlo, doctor. Marte ha sido explorado numerosas veces, y nunca...

—Lo sé, Viktor. Sin embargo...

Trevor Clark terció:

—No vale la pena discutir. Lo cierto es que en este momento existen saurios gigantes en Marte, y que estuvieron a punto de devorarnos. Por fortuna, no fue así y nuestra visita al planeta rojo nos permitió averiguar por qué la Base Marciana no respondía a nuestras llamadas: No existe, se ha esfumado misteriosamente. ¿Habrá sucedido lo mismo con nuestras otras bases...?

—La única manera de averiguarlo, es visitando todos esos planetas, comandante —opinó Paul Robertson.

—Estoy de acuerdo con usted, doctor. Y eso es lo que vamos a hacer. Con el permiso de esos seres con cabeza de tiburón, naturalmente. No hay que olvidar que nos atacaron cuando veníamos hacia Marte. Aunque, después, no trataron de impedir que visitáramos el planeta.

—Quizá solo disponían de una nave, comandante —habló Shore —. La que nosotros destruimos con nuestros misiles.

—No sé. Aunque la verdad es que en Marte no encontramos el menor rastro de ellos. Puede que tengan montada su base en otro de los planetas del Sistema Solar. Júpiter y Saturno son los más grandes. Quizá, son mucho más pequeños, y están demasiado cercanos al Sol. No creo que esos seres se hayan instalado en ellos. Pondremos rumbo, pues, a Júpiter, el coloso de nuestro Sistema Solar —decidió Trevor Clark.

* * *

La *Venus 2000* tendría que recorrer una distancia de más de quinientos millones de kilómetros para alcanzar Júpiter, por lo que se hizo necesario dividir a la tripulación, con el fin de que, mientras unos hacían guardia en el puente de mando, los otros pudieran descansar en sus respectivas cabinas.

A la hora acordada, se efectuaría el relevo y los primeros descansarían, ocupándose los segundos de la vigilancia en el puente.

En caso de un nuevo ataque extraterrestre, se daría la alarma y los que estuviesen descansando acudirían rápidamente al puente de mando.

El comandante Clark, y los seis miembros de la tripulación que le

acompañaran a Marte, formaban parte del grupo que se había retirado a descansar, quedando Viktor Shore en el puente.

La lucha con los saurios gigantes no había sido ninguna tontería, y por ello Trevor Clark decidió que los que habían tomado parte en ella debían retirarse al descansar.

Trevor se encontraba ya en su cabina.

Se había despojado del cinto y se disponía a echarse en su litera, cuando sonó el timbre.

Trevor abrió, utilizando su mando de control remoto.

Era Gena Pulsen.

—¿Puedo pasar, comandante? —preguntó, con una sonrisa.

—Por supuesto —respondió Trevor.

—Gracias.

Gena Pulsen entró en la cabina, cuya puerta cerró Trevor Clark, accionando de nuevo el mando de control remoto.

—He venido a hacerle compañía, comandante.

—Me alegro.

—¿De veras?

—Sí, mucho.

—¿Por qué no me pidió que viniera?

—Estuve a punto de hacerlo, créeme.

—¿Qué le detuvo?

—Bueno, después de lo ocurrido en Marte, pensé que te encontrarías cansada y...

—Los saurios gigantes nos hicieron sudar a todos, es cierto —sonrió la muchacha—. Sin embargo, no estoy tan cansada como para rechazar una proposición amorosa de usted, comandante. Si me la hace, aceptaré encantada.

Trevor la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Deseo hacer el amor contigo, Gena.

—Y yo con usted, comandante Clark —respondió ella, cercándole el cuello con sus brazos.

Un instante después, sus bocas se unían en largo y apasionado beso.

* * *

Tendidos en la litera, la brillante sábana cubriendo solamente la mitad inferior de sus cuerpos desnudos, Trevor Clark y Gena Pulsen se miraban a los ojos.

—No ha estado mal, ¿verdad, comandante?

—Ha sido magnífico —respondió Trevor, y la besó suavemente en los labios, mientras su mano acariciaba los hermosos pechos femeninos, estremecidos todavía por el reciente y prolongado éxtasis.

—Cuando pierda mi timidez, aún será mejor.

—¿Tímida, tú...?

—Sí, aunque a usted no se lo parezca. Sé que piensa que soy una descarada, pero...

—Yo no he dicho eso.

—Se lo parezco, confiéselo. Y es natural, porque primero le pedí que me besara, después le sugerí que pasáramos nuestro mes de permiso juntos, y luego vine a su cabina para que me hiciera el amor. En todo he llevado la iniciativa yo.

—En todo, no —repuso Trevor, deslizando su mano por debajo de la sábana.

Gena tuvo un dulce estremecimiento al recibir la íntima caricia.

—Tiene razón, comandante —sonrió—. Aquí, en la litera, la iniciativa la llevó siempre usted. Pero porque soy una chica tímida, se lo repito. En cuanto deje de serlo, sabrá usted lo que es bueno.

Trevor rio.

—Suena como una amenaza.

—En cierto modo, lo es —rio también Gena—. No pienso concederle tregua.

—Estás dispuesta a acabar conmigo, ¿eh?

—No, solo quiero recuperar el tiempo perdido. Y como no sé si nos queda mucho o poco...

Trevor vio que el semblante de Gena se ensombrecía.

Le dio un tierno beso y dijo:

—No pienses en eso, Gena.

—Nuestra situación es muy difícil, comandante. En el Sistema Solar ha ocurrido algo terrible. La Tierra ha desaparecido, también nuestra Base Marciana, y es posible que el resto de nuestras bases... Fuimos atacados por unos seres horribles, encontramos saurios

gigantes en Marte, y el doctor Robertson asegura que ya existían mucho antes de que la *Venus 2000* partiera de la Tierra... ¿Qué significa todo esto, comandante? ¿Dónde está la Tierra? ¿Qué suerte corrieron sus habitantes? ¿Qué fue de la Base Marciana? ¿Por qué no responden las otras bases? ¿Habrán desaparecido sin dejar rastro, también...?

Trevor le acarició la rojiza cabellera con su otra mano.

—Sabes que no tengo respuesta para todas esas preguntas, Gena. Por eso nos dirigimos a Júpiter. Es posible que allí se aclare todo.

—O que perezcamos todos...

—Confía en mí, Gena —musitó Trevor—.

La joven esbozó una sonrisa.

—Siempre he confiado, comandante.

—Bien, ¿qué te parece si empiezas a cumplir tu amenaza? Yo también deseo recuperar el tiempo perdido, ¿sabes?

—De acuerdo, mandaré al diablo mi timidez —rio Gena, y saltó decididamente sobre el comandante Clark, para llevar la iniciativa en el segundo *round* amoroso.

CAPÍTULO IX

La *Venus 2000* seguía surcando el espacio sideral a gran velocidad, propulsada por sus poderosos reactores nucleares.

Desde que abandonara la órbita artificial de Marte, no habían tenido ningún contacto con aquellos espantosos seres llegados de solo Dios sabía dónde, y que según parecía se habían adueñado del Sistema Solar.

Trevor Clark había vuelto al puente de mando, para sustituir a Viktor Shore, que ahora descansaba en su cabina. El resto de los tripulantes que hicieran guardia en el puente, también habían sido reemplazados, y ahora gozaban de un merecido descanso.

—Dentro de una hora, aproximadamente, divisaremos Júpiter —calculó Trevor.

—Así es, comandante —confirmó Phil—. Y todo está tranquilo.

—Cierto, pero no debemos confiarnos. Si los extraterrestres se

han instalado en Júpiter, tratarán por todos los medios de impedir que nos aproximemos a su base.

—Yo no le quito ojo al radar, comandante —dijo Ran—. Pero, por ahora, no detecta nada.

—Sigue atento, Ran. La calma puede romperse de un momento a otro.

—Lo sé, comandante.

El doctor Robertson sugirió:

—¿Por qué no llamamos de nuevo a nuestra base de Júpiter, comandante? Tal vez nos responda uno de esos seres, y así se confirmaría nuestra sospecha de que sigue habiendo extraterrestres en el Sistema Solar.

—Es una buena idea, doctor —respondió Trevor—. Efectúa la llamada, Phil.

—A la orden.

Phil hizo la llamada.

Durante más de un minuto, en la pantalla de comunicaciones no apareció imagen alguna.

De repente, y cuando ya todos empezaban a pensar que nadie respondería a la llamada de la *Venus 2000*, la pantalla ofreció la aterradora imagen de uno de aquellos seres con cabeza de tiburón.

El alienígena estaba furioso, se le notaba en sus redondos ojos, brillantes como ascuas. Además, movía mucho su bocaza, mostrando las varias filas de dientes triangulares, al tiempo que emitía un rugido tras otro.

—El extraterrestre está que muerde, comandante —adivinó Phil.

—Y tiene con qué morder, desde luego —añadió Ran—. De un solo bocado podría dejar manco a cualquiera de nosotros.

—No seas macabro, Ran —rogó Yoko, sintiendo que se le erizaba la piel.

—Sí, solo falta que tú nos metas miedo —agregó Ankae, que también tenía el vello de punta.

—Como si no tuviéramos ya suficiente —murmuró Gena Pulsen, igualmente estremecida.

El doctor Robertson intervino:

—¿No hay ninguna posibilidad de establecer diálogo con ese ser, comandante?

—Me temo que no, doctor. Solo emite gruñidos o rugidos, es imposible saber lo que dice.

—De todos modos, háblele usted. Tal vez ellos dispongan de algún medio de entender nuestras palabras, y puedan respondernos con él.

—Está bien, lo intentaré —suspiró Trevor, y se encaró con el extraterrestre—. Soy el comandante Clark, y me gustaría que me entendieras, porque deseo hacerte algunas preguntas.

El alienígena dejó de rugir, dando la impresión de que ponía atención a lo que le decía el comandante terrestre.

—¿Entiendes lo que te digo? —siguió hablando Trevor—. ¿Qué hacéis vosotros en nuestro Sistema Solar? ¿De dónde procedéis? ¿Qué ha sido de la Tierra, nuestro mundo? ¿Sois vosotros los responsables de su desaparición? ¿Obligasteis a la Tierra a salirse de su órbita? ¿Qué habéis hecho con nuestra Base Marciana? ¿Por qué no responden las otras bases a nuestras llamadas?

El extraterrestre siguió callado.

Se diría, sin embargo, que alguien o algo le estaba traduciendo las palabras pronunciadas por el comandante Clark, a juzgar por su expresión.

De pronto, el alienígena se puso a rugir de nuevo, tan furioso o más que antes.

—Nos está llamando de todo, comandante —dijo Phil.

—Silencio, Phil —pidió el doctor Robertson—. Creo que el extraterrestre ha entendido las palabras del comandante Clark.

—Me parece que el doctor tiene razón —murmuró Clark—. Lo malo es que nosotros no podemos entender lo que él nos dice.

—Espere a que ese ser termine de hablar, comandante —rogó el médico—. Sospecho que nos vamos a llevar todos una grata sorpresa.

—¿Usted cree?

—Calle.

Trevor Clark guardó silencio, lo mismo que los miembros de la tripulación que se encontraban en el puente.

Algunos segundos después, el extraterrestre paraba de rugir.

Entonces, se confirmó la sorpresa anunciada por el doctor Robertson.

Una voz extraña, aguda y metálica, que parecía salir de una máquina, en vez de una garganta humana, se dejó oír:

—Estáis equivocados, terrícolas. Este no es vuestro Sistema Solar, sino el nuestro. No somos nosotros los invasores, sino vosotros. Por eso os atacamos. No queremos seres extraños en nuestro Sistema Solar. Destruisteis una de nuestras naves, pero disponemos de muchas más. Muy pronto lo vais a comprobar. No podréis rechazar nuestro ataque. Todos moriréis.

La voz metálica enmudeció.

El extraterrestre emitió un nuevo rugido y cortó la comunicación.

* * *

El comandante Clark y los miembros de la tripulación seguían con los ojos fijos en la pantalla de comunicaciones, pese a que hacía ya más de dos minutos que el horrendo ser había desaparecido de la misma.

El doctor Robertson fue el primero en reaccionar, diciendo:

—Era la voz de un robot, ¿verdad, comandante?

—Sí, creo que sí —asintió Trevor Clark—. El robot tradujo al extraterrestre mis palabras, y luego hizo lo propio con las respuestas del alienígena, para que nosotros pudiéramos saber lo que decía.

—Lo que dijo ese ser es un disparate, comandante —opinó Phil.

—Sí, el extraterrestre es un cínico —rezongó Ran—. Dice que este es su Sistema Solar, y nos llama invasores... ¡Tendrá cara, el tío!

El doctor Robertson se mesó el cabello con gesto nervioso.

—Parece un disparate, desde luego. Sin embargo, si fuera cierto que este no es nuestro Sistema Solar, se explicarían muchas cosas. La desaparición de la Tierra y la Luna, de nuestra Base Marciana, la existencia de saurios gigantes en Marte, el silencio de nuestras restantes bases...

—Es difícil admitir que este no es nuestro Sistema Solar, doctor. La computadora no puede haber cometido un fallo tan garrafal.

—Quizá no funcione bien.

—Eso es imposible.

—¿Recuerda la lluvia de meteoritos, comandante...? Fue el momento más difícil de nuestro viaje. La *Venus 2000* recibió unos

impactos terribles. La estructura de la astronave resistió, pero los tremendos zarandeos nos hicieron perder el rumbo. Lo recuperamos después, es cierto. Pero quizá, para entonces, la computadora ya no funcionaba correctamente, y nos trazó un rumbo equivocado. Nuestra computadora es perfecta, lo sé, pero los impactos de los meteoritos contra el casco de la astronave pudieron ocasionarle algún daño, obligándola a facilitarnos unos cálculos erróneos.

—¿Olvida que estuvimos en Marte, doctor Robertson?

—¿Está seguro de que era Marte, comandante?

—Usted venía con nosotros, doctor. Sobrevolamos Syrtis Major. ¿Lo ha olvidado ya?

—No, no lo he olvidado. Aquel planeta era idéntico a Marte. Incluso tenía dos satélites, idénticos también a Deimos y Fobos. Sin embargo, había saurios gigantes en ese planeta. Y viven en él desde hace años. En Marte, por el contrario, no los hay. Luego, está la misteriosa desaparición de nuestra Base Marciana. En la región que nosotros tomamos por Syrtis Major, no encontramos ni rastro de ella. Era una región absolutamente virgen, cuyo suelo no había sido excavado ni para colocar una estaca.

Trevor Clark vaciló.

—¿De verdad cree usted que puedan existir dos planetas tan idénticos, doctor Robertson...?

—¿Por qué no, comandante? En la inmensidad del Cosmos, cabe todo. Nada es imposible. Las cosas más sorprendentes ocurren, usted lo sabe muy bien.

—Ojalá tenga usted razón, doctor, y nos hayamos equivocado de Sistema Solar, porque ello significaría que la Tierra sigue en su sitio y que sus habitantes continúan vivos, que nadie ha invadido nuestro Sistema Solar.

El doctor Robertson sonrió con suavidad.

—Apuesto a que así es, comandante.

Trevor Clark iba a añadir algo, cuando el radar de la *Venus 2000* detectó la aproximación de cuatro naves extraterrestres.

Ran casi da un brinco al descubrirlo.

—¡Ya vienen, comandante...! ¡Y esta vez son cuatro naves!

Trevor Clark echó una rápida ojeada a la pantalla del radar.

—¡Haz sonar la alarma, Ankae! ¡Necesito en el puente a toda la

tripulación! ¡La batalla va a ser terrible!

CAPÍTULO X

Viktor Shore y el resto de los miembros de la tripulación, que se hallaban descansando en sus respectivas cabinas, acudieron velozmente al puente de mando.

—¿Nos atacan los extraterrestres, comandante...? —preguntó el segundo de a bordo.

—Todavía no, Viktor. Pero no tardarán en hacerlo. Se aproximan en cuatro de sus naves.

—¡Cuatro! —respingó Shore.

—Prepárate para lanzar los misiles, Viktor.

El segundo de a bordo ocupó su puesto.

Los demás miembros de la tripulación estaban haciendo lo propio.

El doctor Robertson habló:

—¿No se podría evitar el enfrentamiento, comandante?

—¿Cómo, doctor? —preguntó Trevor Clark.

—Hablando de nuevo con esos seres. Si admitimos que nos hemos equivocado de Sistema Solar, y que estamos dispuestos a marcharnos sin causarles problemas...

Viktor Shore compuso un gesto harto cómico, a causa de su sorpresa.

—¿Qué nos hemos equivocado de qué...?

Como no había tiempo para explicaciones, el comandante Clark no pudo contarle a Viktor Shore lo que había sucedido minutos antes.

—¡Llama a los extraterrestres, Phil! —ordenó.

Phil hizo la llamada, pero nadie respondió.

Trevor Clark miró al doctor Robertson.

—Ya ve que no es posible evitar el enfrentamiento, doctor. Esos seres son muy belicosos. La otra vez nos atacaron sin más ni más. Destruimos su nave, y están deseando vengarse. Quieren matarnos a todos, ya lo oyó usted.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Shore.

—El robot parlante.

Shore parpadeó.

—¿Robot parlante...?

Trevor Clark no pudo reprimir una sonrisa.

—Luego te pondremos al corriente, Viktor. Ahora piensa solo en los misiles nucleares.

—Está bien, comandante. Pero conste que no entiendo nada —rezongó el segundo de a bordo.

Casi al mismo tiempo, Ran exclamaba:

—¡Atención, comandante! ¡Dos docenas de torpedos espaciales vienen hacia nosotros!

* * *

Veinticuatro torpedos, eran muchos torpedos.

Por fortuna, la *Venus 2000* había partido de la Tierra con un centenar de misiles nucleares, habiendo disparado solamente veinte; doce de ellos, durante el ataque de la nave alienígena.

Disponía, por tanto, de ochenta misiles.

El comandante Clark ordenó a Viktor Shore que lanzara veinticuatro, para interceptar las dos docenas de torpedos enemigos.

Los cohetes terrestres, teledirigidos, partieron veloces en busca de los proyectiles alienígenas.

Trevor Clark ordenó a Yoko que localizara los torpedos con la cámara telescópica, para presenciar el choque de los proyectiles a través de la pantalla.

Eran momento de gran tensión, pues alguno de los misiles podía fallar y dejar paso al torpedo que le correspondía destruir, lo que entrañaría un gran peligro para la *Venus 2000*.

Había que estar muy pendientes de ello, para reaccionar con rapidez y destruir el torpedo antes de que alcanzase la astronave y la hiciera saltar en mil pedazos.

Se podía destruir lanzando un nuevo misil, o con los cañones de rayos láser, si la distancia era ya demasiado corta como para arriesgarse con el lanzamiento de otro cohete atómico.

No era muy frecuente, desde luego, que un misil no diese en el blanco, por tratarse de lanzamientos teledirigidos. Pero, a veces, se

desviaba ligeramente y pasaba rozando el objetivo, sin llegar a tocarlo.

La dirección de los misiles, por el momento, era correcta, según pudo comprobar Trevor Clark en la pantalla del radar.

Faltaban escalos segundos para que se produjese el encuentro de unos proyectiles con otros.

Viktor Shore los contó en voz alta, tal y como hiciera la otra vez.

En el último segundo de la cuenta atrás, se produjo el estallido.

La *Venus 2000* tembló como una hoja, agitada por la tremenda onda expansiva, pero la cosa no pasó de ahí.

Lo que sí pasó, fue un torpedo espacial.

Podía verse perfectamente a través de la pantalla telescópica.

El torpedo también había temblado, lógicamente, tras la terrible explosión del resto de los proyectiles, pero recobró pronto la estabilidad y siguió surcando velozmente el espacio, en busca de la astronave terrestre.

En el puente de mando de la *Venus 2000*, hubo un escalofrío general.

—¡Uno de los misiles ha fallado, comandante! —gritó Viktor Shore.

—¡Ya lo veo!

—¿Lanzo un nuevo misil?

—¡No, Viktor, déjalo de mi cuenta! ¡Lo destruiré con uno de nuestros cañones!

Trevor Clark se sentó rápidamente frente a uno de los cañones de rayos láser.

Todo el mundo contuvo la respiración.

El comandante Clark era un magnífico artillero, lo había demostrado sobradamente. Pero, aun así...

La vida de la tripulación entera estaba en juego.

Si Trevor Clark fallaba, el torpedo espacial se estrellaría contra la *Venus 2000* y todos perecerían en la explosión.

Pero el comandante Clark no pensaba fallar.

Con envidiable sangre fría, apuntó al torpedo alienígena y disparó el cañón.

El rayo láser surcó el espacio como la estela de un cometa y alcanzó certeramente la cabeza del torpedo, que estalló en el acto.

La nave tembló de nuevo, porque la explosión se había producido cerca, peligrosamente cerca. Pero, afortunadamente, el peligro había pasado ya.

La tripulación entera se puso a gritar, alborozada.

—¡Viva el comandante Clark! —dijo alguien.

—¡Viva...! —respondieron a coro todos los demás. Sin embargo, era pronto para mostrarse jubilosos. La batalla no había hecho más que empezar.

Las cuatro naves extraterrestres no iban a aceptar aquel nuevo fracaso y retirarse con el rabo entre las piernas. Confiaban en su superioridad numérica, y lanzaron un segundo ataque, más tremebundo aún que el anterior.

Sí, porque en esta ocasión, cada una de las naves lanzó doce torpedos espaciales.

Si con veinticuatro, habían conseguido que pasara uno, con cuarenta y ocho esperaban que pasasen dos o tres, y que alguno de estos lograse alcanzar la astronave terrestre.

No tardaría en saberse, pues los cuarenta y ocho torpedos surcaban ya el espacio sideral, en dirección a la *Venus 2000*.

* * *

Ni que decir tiene que este segundo ataque de los extraterrestres puso los pelos de punta al comandante Clark y su tripulación, porque doblaba en peligrosidad al primero.

Por otra parte, a la *Venus 2000* le quedaban solamente cincuenta y seis misiles nucleares. Y tendrían que disparar cuarenta y ocho, para interceptar los torpedos enemigos.

Aunque lo lograsen, dispondrían solo de ocho misiles.

Insuficientes para rechazar un tercer ataque extraterrestre.

Trevor Clark prefirió no pensar en ello, y se apresuró a ordenar a Viktor Shore que lanzara cuarenta y ocho misiles.

El segundo de a bordo, muy nervioso, efectuó el lanzamiento.

El comandante Clark vigiló la dirección de los cohetes atómicos.

Era correcta.

Claro que antes también lo había sido, y uno de ellos no dio en el blanco.

En lanzamientos masivos, había que contar con algún fallo.

Y, desgraciadamente para los terrestres, hubo nada menos que tres.

Sí.

Tres torpedos espaciales continuaron cruzando el espacio a gran velocidad, tras la explosión del resto de los proyectiles.

Podían verse en la pantalla telescópica.

Trevor Clark, consciente del peligro que corrían, rugió:

—¡Ayúdame a destruir esos tres torpedos, Viktor, rápido!

El segundo de a bordo brincó de su sillón.

Trevor Clark y Viktor Shore se sentaron frente a los cañones de rayos láser.

Los torpedos estaban ya muy cerca.

Clark y Shore comenzaron a disparar.

Uno de los torpedos estalló, alcanzado por los rayos láser.

Fue el comandante Clark quien lo destruyó.

Los otros dos torpedos seguían aproximándose velozmente a la *Venus 2000*.

—¡Afina la puntería, Viktor! —pidió Trevor.

El segundo de a bordo dominó sus nervios, lo que le permitió apuntar mejor. Su disparo, muy certero esta vez, alcanzó de lleno uno de los torpedos que seguían surcando el espacio.

—¡Bravo, Viktor! —exclamó Trevor Clark, al tiempo que disparaba contra el único torpedo espacial que quedaba sin destruir.

Menos mal que no falló, pues el proyectil estaba tan cerca de la astronave que, de haber errado el disparo, probablemente no habría tenido tiempo de disparar de nuevo y la hubiera saltado en pedazos.

* * *

Esta vez, la tripulación no demostró júbilo alguno por la destrucción de los tres torpedos espaciales que no fueran alcanzados por los misiles nucleares.

Se alegraban infinitamente de ello, naturalmente, porque suponía nada más y nada menos que acababan de salvar sus vidas. Sin embargo, no exteriorizaron su alegría porque nadie olvidaba que a la solo le quedaban ocho misiles.

Y las cuatro naves extraterrestres seguían allí perfectamente detectadas por el radar, como muy dispuestas a lanzar un tercer ataque sobre la astronave terrestre.

¿Cuántos torpedos les quedarían a las naves alienígenas?

Era lo que se preguntaban los miembros de la tripulación, con el corazón en un puño y el estómago encogido.

Nadie hablaba.

Nadie pestañeaba.

Nadie respiraba.

Eran unos momentos realmente angustiosos.

Ran no apartaba la mirada de la pantalla del radar, temiendo detectar un nuevo lanzamiento de torpedos.

Pero el lanzamiento no se produjo.

Las naves alienígenas, por lo visto, tampoco disponían de torpedos suficientes para lanzar un nuevo ataque, y decidieron atacar personalmente la astronave terrestre.

Trevor Clark lo adivinó cuando vio, a través de la pantalla del radar, que las cuatro naves extraterrestres se lanzaban hacia la *Venus 2000*.

—¡Quieren entablar un combate directo! —exclamó—. ¡Piensan destruirnos con sus cañones de rayos desintegradores!

CAPÍTULO XI

Tras unos breves segundos de duda, el comandante Clark decidió aceptar el combate directo, a pesar de la superioridad numérica del enemigo.

Primero había pensado lanzar los ocho misiles que les quedaban, acompañados de varios misiles falsos, pero desistió rápidamente de ello, pues a la *Venus 2000* no le convenía quedarse sin un solo cohete atómico.

Especialmente, si se confirmaba que se habían equivocado de Sistema Solar y tenían que buscar el verdadero, pues ello suponía varias semanas de viaje por el Cosmos y el riesgo de tener que afrontar nuevos peligros.

No, no podían quedarse sin un solo misil.

Era el arma de defensa más poderosa de la *Venus 2000*, y no debían prescindir de ella.

Trevor Clark dio las órdenes oportunas a su tripulación.

En un combate directo, todo el mundo era necesario, y las acciones tenían que estar perfectamente coordinadas.

La tendría que moverse continuamente y con la mayor rapidez, para esquivar los disparos de los cañones enemigos. Y, al propio tiempo, tenía que responder al ataque alienígena, disparando a su vez sus cañones de rayos láser.

El momento de entrar en combate se aproximaba.

Era solo cuestión de segundos.

Las cuatro naves extraterrestres estaban ya tan cerca, que muy pronto se verían a través del mirador del puente.

La primera de ellas apareció e hizo funcionar sus cañones de rayos desintegradores.

La *Venus 2000* realizó una centelleante maniobra, burlando limpiamente los disparos enemigos.

El contraataque terrestre, no se hizo esperar.

Y fue más afortunado que el ataque de la nave alienígena, ya que los disparos de sus cañones sí fueron certeros.

La nave extraterrestre estalló al recibir los rayos láser.

El feroz combate continuó.

Otras dos naves alienígenas aparecieron, disparando furiosamente sobre la astronave terrestre.

La *Venus 2000* realizó otra relampagueante maniobra, que le permitió esquivar los rayos desintegradores enviados por aquellos horrorosos seres con cabeza de tiburón.

La respuesta de la astronave terrestre, magnífica, hizo saltar en pedazos una de las naves atacantes.

La otra intentó de nuevo alcanzar con sus disparos a la *Venus 2000*, pero esta, demostrando una vez más que estaba capacitada para realizar las más veloces y audaces maniobras, se puso fuera del alcance de los rayos desintegradores y acto seguido envió unos cuantos rayos láser.

La nave extraterrestre, alcanzada de lleno, estalló como una bomba.

Ya solo quedaba una nave enemiga.

Apareció haciendo funcionar sus cañones con rabia.

La *Venus 2000* realizó una fantástica pirueta en el espacio, burlando todos los disparos enemigos.

La nave extraterrestre no pudo esquivar el veloz contraataque del comandante Clark y su gente, y corrió la misma suerte que las otras tres naves alienígenas.

Tras el estallido de la cuarta y última nave extraterrestre, la calma volvió a reinar en el espacio sideral.

La lucha había terminado.

* * *

Esta vez, la tripulación de la sí exteriorizó su júbilo por la victoria sobre las naves extraterrestres.

Todo el mundo gritaba, reía, saltaba.

Y hasta había quien lloraba, pero también de alegría. Era el caso de Gena Pulsen.

La muchacha no había podido contener las lágrimas. Trevor Clark se dio cuenta de ello y se le acercó, abrazándola.

Nadie le dio importancia al hecho, pues la mayoría de los

tripulantes se estaban abrazando y besando entre sí, llevados de su entusiasmo.

Phil, por ejemplo, besaba y abrazaba a Yoko, mientras que Ran hacía lo propio con Ankae.

Viktor Shore abrazaba y besaba a dos chicas a la vez.

El segundo de a bordo siempre quería ración doble de todo, y no hacía una excepción cuando se trataba de mujeres jóvenes y atractivas, como era el caso de los miembros femeninos de la tripulación de la *Venus 2000*.

Trevor Clark también besó a Gena Pulsen.

—¿A qué vienen esas lágrimas? —le preguntó, después.

—Es la emoción, comandante —respondió ella, sonriéndole—. Hemos vencido en la lucha. Y era una lucha muy difícil.

—Con una tripulación como la que yo tengo la suerte de mandar, se pueden ganar las batallas más difíciles.

—Dígaselo a los demás, comandante. Les encantará oírlo.

—Pensaba hacerlo, Gena.

Trevor Clark se dirigió a los miembros de su tripulación, rogando su atención y su silencio.

—Quiero felicitaros a todos por vuestro comportamiento en la batalla que acabamos de librar contra esos horribles seres. Ellos nos superaban en número, pero nosotros peleamos mejor y les vencimos. Me siento orgulloso de todos y cada uno de vosotros. Muy orgulloso, de verdad. Creo que no podría tener a mis órdenes una tripulación mejor.

—¡Ni nosotros un comandante mejor! —repuso Viktor Shore—. ¿No es cierto, muchachos...?

La respuesta, afirmativa y emitida a coro, fue unánime.

Trevor Clark levantó los brazos, en demanda de silencio.

—Gracias, muchas gracias a todos. Ahora, ocupemos de nuevo nuestros puestos. No sé si aparecerán más naves enemigas, o esos seres tan feos y tan poco sociables habrán escarmentado ya y nos dejarán tranquilos. Por si acaso, debemos estar preparados. Nos quedan pocos misiles, lo sé. Pero hemos demostrado que también sabemos defendernos sin ellos. Además, los extraterrestres no saben si nos quedan ocho misiles u ochenta. Creo que se lo pensarán dos veces, antes de atacarnos de nuevo.

Se escucharon algunas risas.

Después, los miembros de la tripulación ocuparon sus puestos.

* * *

Viktor Shore se acercó a Trevor Clark.

—Comandante...

—¿Sí, Viktor?

—Dijo usted que me pondría al corriente, cuando la lucha acabara.

—Oh, sí, es cierto.

—Acláreme lo del robot parlante. Y lo que dijo el doctor Robertson sobre lo de admitir que nos habíamos equivocado de Sistema Solar, lo cual se me antoja un chiste.

—Puede que no sea un chiste, Viktor.

—¿Lo dice en serio...?

Trevor Clark miró a Paul Robertson.

—Acérquese, doctor.

—Voy enseguida —respondió el médico.

Entre los dos, informaron de todo a Viktor Shore.

El segundo de a bordo se quedó estupefacto.

—Que este no es nuestro Sistema Solar... —murmuró, incrédulo.

—Bueno, eso es lo que el extraterrestre nos dijo, y que el robot parlante nos tradujo —repuso Trevor.

—Me niego a admitirlo, comandante. Debe tratarse de una argucia de esos horribles seres. Este es nuestro Sistema Solar, estoy seguro. Y ellos son los invasores. Los responsables de la desaparición de la Tierra y todo lo demás.

—Yo creo que el extraterrestre dijo la verdad, Viktor —habló el doctor Robertson—. ¿Por qué razón iba a mentir? ¿Para justificar el ataque de los suyos...?

—Tal vez.

El médico movió la cabeza.

—No, Viktor. Ya nos habían atacado una vez, y entonces no se tomaron la molestia de justificar su acción bélica. Nos atacaron, sencillamente, porque nos encontramos en su Sistema Solar. Somos, aunque involuntariamente, unos intrusos. Y esos seres no quieren

gente extraña en sus dominios, bien claro lo dijeron.

El comandante Clark intervino:

—Existe un modo de saber la verdad. Si este no es nuestro Sistema Solar, no encontraremos Júpiter, de la misma manera que no encontramos la Tierra.

—Pero sí encontramos Marte, comandante —recordó Shore.

—Un planeta idéntico a Marte —corrigió el doctor Robertson.

—Con sus dos satélites y todo, ¿no? —sonrió el segundo de a bordo, con ironía.

—Así es —respondió el médico, sin molestarse por las burlonas palabras de Viktor Shore.

—Está bien; veremos lo que opina cuando divisemos Júpiter, doctor Robertson. Porque no dude que lo vamos a encontrar, con sus doce satélites girando alrededor de él. Y como se le ocurra decir que no es Júpiter, sino un planeta idéntico a Júpiter, me voy a echar a reír tan fuerte que se me saltarán las lágrimas. Se lo advierto para que luego no se me enfade usted, doctor.

Paul Robertson no replicó.

Se limitó a mirar la pantalla telescópica.

Si Viktor Shore estaba en lo cierto, y aquel era el Sistema Solar al que pertenecía la Tierra, Júpiter no tardaría en aparecer en la pantalla.

CAPÍTULO XII

Y Júpiter apareció.

Gigantesco.

Mil trescientas veces mayor que la Tierra.

Un verdadero coloso.

A primera vista, nada hacía sospechar que no se tratase del auténtico Júpiter, con su disco no totalmente circular, achatado por los polos y abombado por el ecuador, confiriéndole la forma de esferoide oblongo.

Para que nada le diferenciase del verdadero Júpiter, allí estaba su cortejo de satélites. En la pantalla telescópica no podían verse los doce, porque tras el enorme planeta se escondían algunos.

No obstante, allí estaba Calisto, el mayor de todos ellos, con sus 5.180 kilómetros de diámetro. También podía verse Ganímedes, casi tan grande como Calisto.

E lo, con sus 3.270 kilómetros de diámetro.

Y Europa, con sus 3.140 kilómetros de diámetro.

Eran los cuatro satélites más voluminosos. Y, por tanto, los más fáciles de identificar.

Viktor Shore no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué dice ahora, doctor Robertson...?

Paul Robertson, sin apartar los ojos de la pantalla telescópica, murmuró:

—Ese planeta es tan exacto a Júpiter como el otro a Marte, tengo que reconocerlo. Sin embargo, yo sigo pensando que el extraterrestre dijo la verdad.

—¿Duda todavía de que este sea nuestro Sistema Solar...?

—Así es, Viktor.

—¡Está viendo Júpiter con sus propios ojos, doctor! ¡Todos lo estamos viendo!

—Estamos viendo un planeta idéntico a Júpiter, pero puede que no se trate del verdadero Júpiter.

—¡Es usted más terco que una mula, doctor Robertson!

—Tal vez.

Viktor Shore se encaró con Trevor Clark.

—¿Qué opina usted, comandante? ¿Duda también de que este sea nuestro Sistema Solar...?

—No debería tener dudas, lo sé. Sin embargo...

—¡Es el colmo! —exclamó el segundo de a bordo—. ¡Tenemos Júpiter ante nuestras propias narices, con sus doce satélites girando alrededor de él, y todavía dudan de que este sea nuestro Sistema Solar!

Trevor Clark iba a decir algo, cuando en la pantalla de comunicaciones apareció la imagen de uno de aquellos aterradores seres con cabeza de tiburón.

El extraterrestre habló en su lengua.

El robot parlante tradujo:

—¿Qué pretendéis, malditos terrícolas? ¿Atacar nuestro planeta?

—No, no es esa nuestra intención —respondió Trevor Clark.

El robot tradujo al alienígena las palabras del comandante terrestre.

El ser, terriblemente enfadado, habló de nuevo.

—¿Por qué os acercáis a nuestro mundo, entonces? —tradujo el robot.

—Tenemos dudas de que realmente sea vuestro mundo. Pensamos que se trata de Júpiter, uno de los, planetas de nuestro Sistema Solar. Es idéntico a él.

El extraterrestre, por medio del robot parlante, aseguró:

—Este no es vuestro Sistema Solar, ya os lo dije antes. Los ocho planetas que giran alrededor de nuestro Sol, nos pertenecen.

—¿Ocho...?

—Sí.

—En nuestro Sistema Solar, hay nueve planetas.

—Eso demuestra que os habéis equivocado de Sistema Solar, terrícolas. De ahí que no encontréis la Tierra, vuestro planeta.

Trevor Clark guardó silencio.

El doctor Robertson dijo:

—El extraterrestre tiene razón, comandante Clark.

—No, está mintiendo —habló Viktor Shore—. Trata de confundirnos.

El alienígena tomó de nuevo la palabra, y su robot tradujo:

—No queremos luchar con vosotros, terrícolas. Vuestra nave es muy poderosa, ha destruido ya a cinco de las nuestras. Si es cierto que os encontráis en nuestro Sistema Solar por un error en vuestros cálculos, y que no tenéis intención de atacar nuestro planeta, os invitamos a venir. Así podréis comprobar que no se trata de uno de los planetas de vuestro Sistema Solar. ¿Aceptáis visitar nuestro mundo, comandante Clark?

—Sí, lo visitaremos —respondió Trevor—. Y si nos convencemos de que no es nuestro Júpiter, abandonaremos vuestro Sistema Solar. Tampoco nosotros queremos luchar. Si lo hicimos, fue porque vosotros no atacasteis.

—Os atacamos porque os creíamos invasores.

—No lo somos, te doy mi palabra. Los terrestres somos gente de paz, y solo recurrimos a las armas cuando nos obligan a ello.

—Os esperamos, terrícolas —dijo el alienígena, siempre a través del robot parlante, y cortó la comunicación.

* * *

Viktor Shore no estaba muy de acuerdo con la decisión de Trevor Clark.

—Creo que ha cometido un error, comandante.

—¿Por qué?

—Sospecho que esos seres nos han preparado una trampa.

—Es posible.

El segundo de a bordo se desconcertó.

—¿Le admite...?

—Desde luego.

—¿Por qué aceptó la invitación de esos seres, entonces...?

—Porque es la única manera de descubrir la verdad. Además, no vamos a visitar ese planeta porque los extraterrestres nos hayan invitado. Lo hubiéramos hecho de todos modos, con su permiso o sin él. Repito que es la única manera de averiguar si se trata de nuestro Júpiter, o de un planeta idéntico a él.

—Pero si vamos, directos a una trampa...

—No caeremos en ella, Viktor, puedes estar tranquilo.

Tomaremos nuestras precauciones, y si esos seres juegan sucio, les daremos una lección —respondió Trevor Clark.

* * *

La primera precaución fue dejar *Venus 2000* en una órbita artificial de cien mil kilómetros, como ya hicieran antes de visitar Marte, o el planeta idéntico a Marte, que la cosa aún no estaba ni mucho menos clara.

A aquella distancia de Júpiter, la astronave terrestre podía considerarse segura, pues no podría verse sorprendida por un posible ataque de los alienígenas.

Al propio tiempo, la protegería la aproximación a Júpiter —o su hermano gemelo— de la pequeña nave de reconocimiento, pilotada por el comandante Clark, a quien acompañaban, como la vez anterior, Phil, Ran, Yoko, Ankae, Gena Pulsen y el doctor Robertson.

Viktor Shore había quedado al mando de la astronave, aunque lo hizo a regañadientes, porque hubiera preferido formar parte del grupo que se dirigía al enorme planeta. Insistió mucho en ello, pero Trevor Clark se mostró inflexible.

La *Venus 2000* no podía quedarse a la vez sin su comandante y sin su segundo de a bordo. Y, mucho menos, en las circunstancias actuales, cuando cabía la posibilidad de que los extraterrestres les hubieran preparado una trampa para exterminarlos a todos.

El comandante Clark dirigió la nave de reconocimiento hacia la región jupiteriana en donde, de tratarse realmente de Júpiter, debería hallarse la base terrestre.

Cuando divisaron la zona, a través de la pantalla telescópica de la pequeña nave, pudieron comprobar que, en lugar de la Base Jupiteriana, se alzaban unos extraños edificios metálicos en forma de pirámide, con ventanas circulares, tipo ojo de buey.

Sobre una plataforma rectangular, ubicada frente a los raros edificios, se veían varios vehículos voladores, de complicado diseño.

—Es una ciudad, no hay duda —dijo Trevor Clark.

—¿Una ciudad...? —repitió Viktor Shore, que se hallaba en comunicación permanente con la nave de reconocimiento.

—Sí, Viktor. La ciudad en donde viven esos horribles seres. Y se halla construida justo en el lugar en donde se supone debería alzarse nuestra Base Jupiteriana.

—¡Esos malditos destruyeron nuestra base y luego levantaron su ciudad, estoy seguro!

—No te precipites, Viktor. Una ciudad como esta no se construye en solo cuatro meses, que es el tiempo que nosotros faltamos de nuestro Sistema Solar. ¿No opina usted lo mismo, doctor Robertson?

—Por supuesto que sí —respondió el médico, sin dudar—. Como mínimo, hace falta un año entero para levantar todos esos edificios. Esa ciudad, por tanto, fue construida mucho antes de que la partiera de la Tierra.

—Estoy de acuerdo con usted, doctor Robertson —dijo Trevor Clark—. Y creo que es la prueba de que este planeta no es nuestro Júpiter, sino una copia exacta del mismo.

Viktor Shore emitió un gruñido.

—Comandante Clark, con todos los respetos, no puedo admitir que...

—¡Cuidado, comandante! —exclamó de pronto Phil—. ¡Nos atacan!

Era cierto.

Una escuadrilla de pequeñas naves acababa de surgir en el cielo.

Y su objetivo era la nave de reconocimiento terrestre. Tenían la misión de destruirla.

CAPÍTULO XIII

Trevor Clark realizó un rápido viraje, al tiempo que aceleraba los motores de la pequeña nave.

—¡Ran! ¡Yoko! ¡A los cañones de popa! —ordenó—. ¡Gena, cubre la banda de babor! ¡Y tú la de estribor, Ankae!

Los cuatro miembros de la tripulación obedecieron al instante.

Phil se hallaba presto a manejar uno de los cañones de proa.

El otro, lo accionaría Trevor Clark, sin dejar de pilotar la nave.

—¿Acudimos en su ayuda, comandante? —preguntó Viktor Shore.

—¡No, Viktor!

—¿Por qué?

—¡Es lo que los extraterrestres quieren, que vengáis en nuestra ayuda! ¡Así les sería más fácil destruir la *Venus 2000*!

—¡Nos defenderemos bien, se lo prometo!

—¡No, Viktor, te lo prohíbo! ¡Nuestra astronave no debe acercarse un solo kilómetro más a este planeta!

—¡Pero no podemos dejarlos solos en la lucha, comandante!

—¡No te preocupes por nosotros, Viktor! ¡Vamos a darles más guerra a esos malditos de lo que ellos se imaginan!

Trevor Clark no habló más con su segundo.

El combate aéreo iba a comenzar, y tenía que poner toda su atención en el mismo, realizando las oportunas maniobras con la nave y disparando el cañón de proa que tenía a su cargo.

La escuadrilla alienígena se había dispersado, para pillar entre varios fuegos a la nave terrestre.

Las naves extraterrestres eran exactamente diez.

El combate, desde luego, no podía ser más desigual.

Por fortuna, la nave terrestre era mucho más ligera de movimientos, y contaba, además, con un piloto excepcional, capaz de realizar las más increíbles maniobras.

Gracias a ello, a las naves alienígenas les resultó imposible atraparla entre varios fuegos, pues, en el último instante, la pequeña

nave terrestre siempre encontraba un espacio por dónde salirse del cerco y dejaba con un palmo de narices a los extraterrestres.

Pero la nave terrestre no se limitaba a burlar las naves enemigas.

Todas aquellas maniobras audaces y centelleantes iban acompañadas de varios disparos de rayos láser, y no todos se perdían en el vacío, porque Phil, Ran, Yoko, Ankae y Gena afinaban bien la puntería.

Los disparos más certeros, sin embargo, los efectuaba el comandante Clark, cuya puntería era realmente envidiable.

Los cañones de la nave terrestre empezaron a causar estragos en las fuerzas enemigas, hasta el punto de que la escuadrilla alienígena quedó muy pronto reducida a la mitad.

Sí, cinco naves extraterrestres habían estallado espectacularmente, al ser alcanzadas por los rayos láser.

Las cinco restantes continuaron la lucha.

Sus cañones no dejaban de funcionar, pero los rayos desintegradores se perdían siempre en el vacío, debido a los constantes y endiablados movimientos de la nave terrestre.

Gena Pulsen disparó sobre la nave alienígena que pretendía destruirles por la banda de babor, y uno de los rayos láser alcanzó la nave enemiga, que saltó en pedazos en medio de una gigantesca llamarada.

Casi al mismo tiempo, Ran hacía estallar otra nave extraterrestre, que atacaba la popa de la nave terrestre.

Trevor Clark y Phil dispararon a la vez sobre una de las tres naves enemigas que todavía no habían sido destruidas, y que les atacaba de frente.

Los disparos de ambos cañones dieron en el blanco, provocando el estallido de la nave alienígena.

Acto seguido, el comandante Clark realizó otra de sus espectaculares maniobras, sorprendiendo a las dos naves extraterrestres que continuaban en la lucha.

Ninguna de las dos pudo reaccionar a tiempo, y resultaron alcanzadas por los disparos de Yoko, Ran y Ankae.

La destrucción de ambas naves llenó de lógico júbilo al comandante Clark y los seis miembros de la tripulación, pues suponía el total exterminio de la escuadrilla alienígena.

—¡Hemos podido con ellos, Viktor! —informó Trevor Clark.

—¿De veras, comandante...?

—¡Sí, les hemos dado una soberana paliza!

—¡Cuánto me alegro!

—¿Por ahí está todo tranquilo, Viktor?

—Por el momento, sí, comandante.

—Continuad alerta, porque nosotros vamos a regresar a la astronave, y es posible que estos seres, enfurecidos por el fracaso de la trampa que nos habían tendido, lancen un último y definitivo ataque sobre la *Venus 2000*.

—No nos pillarán desprevenidos, comandante. Y vuelvan ustedes cuanto antes, por favor. Corren mucho peligro ahí abajo.

—Ahora mismo emprendemos el regreso, Viktor.

En efecto, la pequeña nave de reconocimiento puso rumbo a la *Venus 2000*.

Sin embargo, los seres que habitaban aquel gigantesco planeta, idéntico a Júpiter, no estaban dispuestos a permitir que la nave terrestre regresara a la astronave.

Había destruido una escuadrilla entera, y tenía que pagarlo.

* * *

Ran y Yoko no se habían separado de los cañones de popa.

También Gena y Ankae seguían junto a los cañones de babor y estribor, respectivamente.

Temían, y con razón, un nuevo ataque alienígena.

El doctor Robertson se veía nervioso.

Parecía olfatear el peligro.

Precisamente fue él quien descubrió la escuadrilla alienígena que, surgiendo por la derecha, trataba de cortarles el paso.

—¡Nos atacan de nuevo, comandante!

—¡Condenación! —exclamó Trevor Clark—. ¿Es que esos malditos seres no van a escarmentar nunca...?

—¡Intentan impedir que regresemos a la *Venus 2000*, comandante! —adivinó Phil.

—¡Pues no lo van a conseguir! ¡Preparados de nuevo para el combate! —ordenó Trevor Clark.

—¿Necesitan ayuda, comandante? —preguntó Viktor Shore.

—¡Por ahora, no! ¡Si antes les dimos una paliza, ahora les daremos otra! ¡Nos atacan con las mismas fuerzas que antes!

—¡Se equivoca, comandante! —exclamó Phil—. ¡Otra escuadrilla acaba de surgir por la izquierda!

Trevor Clark miró hacia allí.

En efecto, otra escuadrilla alienígena intentaba cortarles el regreso a la *Venus 2000*.

El comandante Clark maldijo para sus adentros.

No podían luchar contra veinte naves enemigas a la vez, porque era imposible destruirlas a todas sin ser alcanzados por alguno de sus rayos desintegradores.

Por otra parte, la lucha parecía inevitable.

Si no la aceptaban, no podían regresar a la *Venus 2000*.

Trevor Clark, tras una breve vacilación, obligó a la pequeña nave a dar un giro de ciento ochenta grados y dijo:

—¡Volvemos al falso Júpiter, Viktor!

* * *

La sorprendente decisión del comandante Clark no solo desconcertó a Viktor Shore y el resto de los miembros de la tripulación, sino también a las dos escuadrillas alienígenas, que no entendían lo que se proponía la nave de reconocimiento terrestre.

Las veinte naves extraterrestres tardaron algunos segundos en reaccionar, lo cual permitió a la pequeña nave terrestre distanciarse mucho.

Y esto, cuando lo que se intenta es rehuir el combate, tiene mucha importancia.

—¿Qué diablos pretende, comandante...? —preguntó Viktor Shore, que seguía perplejo—. ¡Van a meterse en la boca del lobo!

—¡Tranquilo, Viktor! ¡Si nuestra nave de reconocimiento es más veloz que las de los extraterrestres, y yo estoy seguro de que lo es, los vamos a volver locos!

—¡No entiendo nada, comandante!

—¡Te lo explicaré sobre la marcha, no te preocupes!

—¡Creo que debemos ir en su ayuda!

—¡No será necesario!

—Pero...

—¡Confía en mí, Viktor!

El segundo de a bordo no insistió.

La nave de reconocimiento iba directa al falso Júpiter, con los motores funcionando al máximo.

Las dos escuadrillas alienígenas, tras los segundos de lógico desconcierto, se habían lanzado en persecución de la nave terrestre, forzando también sus motores.

Las naves alienígenas comenzaron a disparar sus cañones de rayos desintegradores, pero la nave terrestre se había distanciado tanto que no lograron alcanzarla con sus disparos.

Y, cada vez, la nave terrestre se hallaba más lejos de sus perseguidores, porque era más veloz y aumentaba la distancia por segundos.

De pronto, Trevor Clark dio una orden:

—¡Lanza dos misiles sobre la ciudad levantada por esos seres, Viktor! ¡Y lanza también veintidós señuelos! ¡Así tendrán de qué ocuparse y nos dejarán en paz!

—¡Buena idea, comandante! —respondió Shore, y efectuó rápidamente el lanzamiento de los dos cohetes auténticos y los veintidós falsos.

La nave de reconocimiento sobrevolaba ya la superficie del enorme y gélido planeta, perseguida por las dos escuadrillas alienígenas.

El lanzamiento de los misiles produjo el efecto esperado por Trevor Clark, y las veinte naves extraterrestres dejaron de perseguir la pequeña nave terrícola.

Habían recibido la orden de defender la ciudad amenazada por los misiles terrestres.

El comandante Clark aprovechó la circunstancia para emprender un veloz regreso a la *Venus 2000*.

—¡Tenlo todo dispuesto para la huida, Viktor! —indicó—. ¡En cuanto entremos en el hangar, la tiene que salir disparada!

—¡Entendido, comandante!

—¿Cómo van los misiles?

—¡Directos hacia el objetivo!

—¡Pronto empezarán a interceptarlos!

—¡Con solo dos misiles auténticos, veo difícil que consigamos destruir la ciudad de esos seres, comandante!

—¡Y yo me alegraré, Viktor!

—¿Lo dice en serio, comandante?

—¡Naturalmente! No tengo ningún interés en destruir su ciudad, Viktor. Si ordené el lanzamiento de los misiles, fue para poder regresar a la astronave y emprender la huida. Ya no tengo ninguna duda de que este no es nuestro Sistema Solar, así que debemos largarnos y buscar el verdadero. No quiero causar más daño a esos seres, aunque es verdad que ellos se lo buscaron.

—¡Desde luego que sí!

—Estamos a punto de alcanzar la *Venus 2000*. Que abran la puerta del hangar, Viktor.

—¡Ahora mismo!

La colosal puerta del hangar comenzó a abrirse.

Segundos después, la nave de reconocimiento se introducía en él.

La puerta se cerró y, acto seguido, la *Venus 2000* se alejó a toda velocidad del falso Júpiter.

Cuando Trevor Clark y los seis miembros de la tripulación que le acompañaban se personaron en el puente de mando, Viktor Shore les informó de que los dos misiles auténticos y los veintidós señuelos habían sido interceptados por los alienígenas.

—Lo celebro —sonrió Trevor.

—Es posible que se lancen en nuestra persecución, comandante.

—Tal vez, Viktor. Pero no hay temor; les será imposible alcanzarnos.

EPÍLOGO

La *Venus 2000* abandonó aquel Sistema Solar sin ser molestada por los seres que habitaban el falso Júpiter, quienes, conscientes del poderío de la astronave terrestre, ni siquiera intentaron perseguirla.

Dos meses después, el comandante Clark y su tripulación contemplaban, gozosos y emocionados, la Tierra.

Seguía en su sitio, girando tranquilamente alrededor del Sol.

De su Sol porque aquel era el verdadero Sistema Solar.

Los miembros de la tripulación comenzaron a abrazarse y besarse, felices de regresar a su mundo, con los suyos.

Trevor Clark tenía en sus manos a Gena Pulsen, con la que había hecho el amor numerosas veces en aquellos dos meses que habían tardado en encontrar la Tierra.

—Quiero que nos casemos en cuanto lleguemos, Gena —dijo.

—¿Casarnos...? —respondió ella.

—¿Te sorprende mi proposición?

—Mucho, comandante, porque no habíamos hablado de matrimonio.

—Esperaba que encontrásemos la Tierra. Y como ya la hemos encontrado...

—Acepto encantada su proposición, comandante —dijo Gena, resplandeciente de dicha.

—Ya va siendo hora de que me llames Trevor; ¿no te parece?

—Te quiero, Trevor. Con locura —confesó la muchacha.

—Y yo a ti, Gena —respondió el comandante Clark, y besó los preciosos labios de Gena Pulsen.

FIN

EDICIONES CERES, S.A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 50 Ptas.

Impreso en España - Printed in Spain